

Diario de la contratapa

31 textos para celebrar
31 años de **Rosario12**



Diario de la contratapa

31 textos para celebrar
31 años de **Rosario12**

Director: Pablo Feldman

Edición general: Horacio Vargas

Compiladora: Sonia Tessa

Diseño: Gabriel Minvielle

Imagen de tapa: Dibujo de Roberto Fontanarrosa publicado originalmente en el libro *Estructuras imposibles* (Editorial Fundación Ross, 1997) de Gary Vila Ortiz.

Este libro forma parte de la edición de **Rosario12** y se entrega juntamente con la misma. Prohibida su venta separada.

Diario de la contratapa

31 textos para celebrar
31 años de **Rosario 12**

ESCRIBEN:

Patricia Suárez / Reynaldo Sietecase /
María Zulema Amadei / Gary Vila Ortiz /
Rafael Bielsa / Miguel Roig /
Beatriz Suárez / Irene Ocampo /
Miriam Cairo / Marcia Brédice /
Luisina Bourband / Marcelo Britos /
Dahiana Belfiori / Pablo Bilsky /
Hernando Quagliardi / Jorge Isaías /
Nadia Isasa / Perla Hardoy /
Ingrid Proietto y Eugenio Previgliano /
Marcelo Scalona / Javier Núñez /
Rosana Guardalá / Javier Chiabrando /
Adrián Abonizio / Romina Tamburello /
Beatriz Vignoli / Víctor Zenobi /
Natalia Milocco / Víctor Maini /
Mónica Discépola / Ciro Korol

31

Pablo Feldman y Horacio Vargas

Patricio Pron llegó a la vieja redacción de **Rosario12** siendo un joven estudiante de Comunicación Social. Como nadie le franqueó el paso ni le preguntó a quién buscaba con cierta timidez se acercó hasta el escritorio del editor de turno -seguramente lo atendió con mal humor ante el trajín diario-, y balbuceó una idea. “Dejalos ahí”, le ordenó y el pibe apoyó con cuidado un sobre marrón sobre el escritorio en cuyo interior esperarán sus contratapas para su posible publicación.

Muchos años después, en una entrevista en la revista *Barullo*, Pron el escritor, que había vuelto a la ciudad natal con un premio literario famoso, no olvidó los primeros pasos: “Hay desde luego gente que consideraba a las contratapas de **Rosario12** como un lugar de enorme privilegio porque era lo más parecido que podían estar a una vida literaria plena, otras personas consideraban que era una herramienta para acceder a otros sitios y otras se veían cohibidas ante la responsabilidad que significa ser un escritor público y se retiraban de la actividad, repensaban sus mecanismos y sus estrategias para ser escritores. Por supuesto para mí en su momento publicar allí lo era todo y lo fue durante largo tiempo. Comenzar a publicar en un lugar como las contratapas de **Rosario12** significaba poder hacerlo lo suficientemente bien para que se abrieran otras puertas”.

En la misma *Barullo*, Patricia Suárez –ganadora del Premio de Literatura de Clarín- decía: “El periodismo es un gran puente hacia la literatura, es un lugar donde aprendés a escribir qué es más importante, qué debe ir adelante, qué hacer con las oraciones subordinadas. Realmente es una enseñanza sobre la forma muy importante. Una vez llevé a **Rosario12** un texto, «El gato», que considero mi primer cuento. El que me abrió la puerta fue Reynaldo Sietecase. **Rosario12** fue un espacio superclave para escribir ficción”.

Cuando en la década del setenta, *Clarín* decide “nacionalizar” la contratapa del diario –ocupada por entonces por viñetas de dibujantes extranjeros- y convocar a través de Caloi a humoristas locales, entre ellos al Negro Fontanarrosa y a Crist, se generó un revuelo en la prensa gráfica argentina. El diario se co-

menzaba a leer por la última página. Fue un suceso. El lector de noticias gráficas empezaba la mañana con un chiste de la vida cotidiana.

En un tiempo más cercano, **Página 12** –nuestro espejo- se comenzaba a leer por la contratapa cuando escribían Osvaldo Soriano y Juan Gelman y, más tarde, Juan Forn, entre muchos otros. Para los que hacemos **Rosario 12**, imaginar la gimnasia lectora de aquellos y aquellas que buscan diariamente la contratapa del día nos inspira y nos fortalece.

A partir de una idea de nuestra editora Sonia Tessa hemos recopilado –junto con ella- 31 textos por los 31 años de **Rosario 12** en un libro que ponemos al alcance de lectores y lectoras de ayer y de hoy.

La criatura

Patricia Suárez

■ Fue en la época en que teníamos todos aquellos problemas y tratábamos de arreglarlos. Estábamos tirados en la cama, a medianoche, desnudos y con los ojos como platos mirando el cielo raso, el calor era intolerable, y estábamos bocarriba en la cama con los ojos tan abiertos, las sábanas hechas un lío, podríamos haber hecho el amor, pero ya no lo hacíamos por aquella época, con todos nuestros problemas, y el gato maullaba con furia para entrar en la pieza, y porque el calor era intolerable.

Entonces oímos la música.

—Ernesto, ¿la oís? —le pregunté.

Él murmuró:

—Es un disco.

—Es una polca —dije yo, y aguardé en silencio que la polca corrompiera con su énfasis el calor de la noche y la sombra de los edificios, y socavara todos y cada uno de los cimientos.

—No es un disco —aseguré—. No, no es un disco-.

Había imperfecciones en la interpretación de esa música, se notaba en el aire: había impurezas. Mi marido se levantó al punto, y fue hacia el balcón. No hizo el menor gesto por cubrirse, y se acercó al balcón, blanco y desnudo, como un cachorro o un niño. En ese instante pensé que él era un hombre hermoso. Sonaron los aplausos en la casa vecina, gritaban “Bravo, Laura”. Prácticamente podía ver a Laura, tiesa, al borde de las lágrimas, agradeciendo a la parentela sus aplausos. Nunca antes habíamos visto a Laura, pero podíamos verla, prácticamente, en el momento en que sonaron los aplausos.

—No era un disco —dije.

Mi marido se volvió a mirarme, desnudo y blanco, con apenas dos lunares que yo conocía muy bien, en un hombro y en la nalga. El de la nalga era un antojo que su madre había tenido durante el embarazo. Higos, había deseado.

Se quedó mirándome como si nunca me hubiera visto, como si nunca me

hubiera visto bien, tal vez porque teníamos todos aquellos problemas. Estaba blanco y desnudo, ornado con sus lunares, tan completo en sí, exhalaba una sensación de completud tal, que no fue difícil imaginar por qué ya no me amaba. De pronto, dejó de mirarme, y volvió al balcón, así de desnudo y largo como estaba.

Dio dos pasos hacia el balcón, él se movía de una manera que me daban ganas de reír y de llorar a la vez de sólo verlo: hubiera querido pasar toda mi vida con él. Me vino a la mente una frase que había leído mucho tiempo atrás, y que creo que era de Shakespeare. La frase decía: “*Cuando era joven y amaba, y amaba, todo muy dulce me parecía...*”. Después empezó a repicar dentro mío, me sacudía, yo no sé por qué tenía que enredarse en mí de esa manera, pero una y otra vez, durante esa noche, yo oí dentro de mi mente: “*Cuando era joven y amaba, y amaba, todo muy dulce me parecía...*”

—Es una criatura —dijo cuando estuvo en el balcón—. Y está llorando.

—¿Llorando?

—Sí —contestó mi marido, y salió al balcón, desnudo, a observar a la criatura que pocos segundos antes tocaba una polca y ahora lloraba solitaria en un balcón.

—¿Por qué? —pregunté—. ¿Por qué está llorando?

—Ay, Irene —suspiró mi marido con un suspiro ardiente. Yo conocía esa clase de suspiro de mi marido, los había bebido, dulces, venenosos y salobres desde el día en que nos casamos y él suspiró el mismo suspiro en el “Sí” delante de un cura y de la estatua de la Virgen de los Ángeles.

Vino luego y volvió a tenderse a mi lado, y nos quedamos otra vez en medio de la oscuridad y del calor, mirando el cielo raso con los ojos como platos. Aún en medio de la oscuridad, sus valijas relumbraban igual que caparazones de insectos gigantes.

El gato arañó la puerta.

—No va a tocar otra vez —dijo mi marido.

—¿Quién?

—La criatura. Vas a ver.

—¿Por qué?

—Ya vas a ver.

Nos quedamos tensos, expectantes del llanto o de la música de la criatura, en el medio del calor, y la tirantez de nuestros nervios nos hacía sudar. La piel de él era perfecta y deslumbrante aquella noche, lo recuerdo claramente. Era el tipo de piel que todos los de su familia tenían, española. Yo habría que-

ruido estirar mi mano y plantarla en el asa de su ancha cadera y el calor me lo impedía. Tampoco él hubiera permitido que lo tocara, su cuerpo entero era para mí un principado de ira. Me había llamado con otro nombre cierta vez. Cecilia. Nunca le pregunté quién era ella. Pero su cuerpo era para mí un principado de ira, y mi cuerpo era para él más hueco que una campana.

Me mordí los labios. Él se sentó, en la oscuridad, destrozando la oscuridad con la fina silueta de su espalda blanca. Él tenía una figura, y se movía de una manera, que podía hacerme llorar. Cuando él no estaba, el aire me sobraba y quemaba a mi alrededor. Tanteó la perilla del velador. Los cuarenta watts de la luz vacilaron y eligieron luego la oscuridad.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Es el enchufe —dije. Él gruñó.

—¿La ves? —preguntó.

—No —respondí.

—Fíjate.

Me corrí un poco hacia la derecha, pero yo no quería verla. No tenía interés en ver a la criatura llorando. Era un punto que vibraba al otro lado de la calle, en su balcón, un escarabajo o un grillo.

Mi marido fue hacia nuestro balcón, blanco y desnudo y liso, a excepción por sus dos lunares y la marca de la BCG en el brazo izquierdo. Estuvo un rato fuera, apoyado en la baranda, entre la fragancia indecorosa del jazmín de china que nos había regalado su madre. Estuvo mirando a la criatura, y ella, probablemente lo contemplara a él, los ojos en sus ojos pardos, o en la perfecta y cansina desnudez de él, el arco de sus clavículas o el sexo a medias oculto por la corrupta languidez del jazmín de china. Mi marido era un hombre hermoso. Yo lo conocía desde el corazón al pubis, y así me conocía él a mí.

Hubo un tiempo, muy anterior a nuestros problemas, en que dormíamos abrazados cada noche. Y cuando él no estaba me faltaba el sueño. Estaba perdida cuando él no estaba.

Bastaba verlo desnudo esa noche para que me diera cuenta cuán feliz estaba él consigo mismo, su mundo, el sol, los planetas eran su ombligo. Pero yo era una pelusa a merced del viento. Me sentía igual que una pelusa en el vaivén del viento.

En cambio, él era el mismísimo viento. El viento en persona.

—¿Qué estás haciendo, Laura? —preguntó una voz.

—Nada —contestó la criatura.

Entonces, lo llamé.

—Ernesto.

Mi marido vino a la cama, se acostó. Eran más de las cuatro cuando nos dormimos. Al otro día me desperté, y él ya se había llevado las valijas y se había ido. Me levanté a prepararme un café, y encontré al gato esperándome muy tieso a que le sirviera su alimento de sabor a atún. Le puse su alimento en silencio, y preparé mi café. Hasta hoy no he vuelto a ver a mi marido.

Publicado en 1992.

El viaje

Reynaldo Sietecase

Como quien sigue el rastro de un pez, busco a los padres de mis abuelos y a sus hijos. Los busco hoy cuando ya nadie se burla de sus sacos raídos, sus bigotes espesos y sus oscuros apellidos. Revuelvo sus señas particulares, sus angustias. Veo en las fotos amarillas historias de partidas y regresos. Veo en sueños los barcos, los sombreros negros, el revólver de mi abuelo Luis, las manos de mi abuela sobre la masa fresca. Sé que huyen y beben. Sé que huyen y cantan. Vagan con nombres transformados y amores perdidos. Encuentro lo que busco hasta cuando no lo encuentro y sus pasos se pierden por los pueblos del sur santafesino que ayudaron a fundar. Procuro el placer que se consigue con la presencia de una ausencia.

En algunos mapas de Sicilia no figura Cianciana. La comuna no es pequeña, pero fue eclipsada por Agrigento, la ciudad que dio nombre a la provincia. Allí sobre el sur de la isla, Giuseppe Setticasì se despierta cada madrugada pensando en viajar. Giuseppe inventa maravillas bajo el sol del Mediterráneo y anima a sus paisanos con dulces narraciones. “Campesinos, hay otro mundo donde las jornadas son suaves y la tierra es para quien le hunde las manos cada amanecer. Más lejos que Roma, hacia el sur desconocido. Hay que huir de la miseria. Yo se los aseguro, existe otro lugar donde pensar los hijos.”

Giuseppe tiene miedo, pero a los 20 años el miedo es un amigo. “Coraje, corazón, soy de Sicilia.” Tierra de viajeros. Hombres de ningún lugar caminando sobre una isla que navega por la mar. Árabes, griegos y romanos han bebido la alegría que solo otorga lo fugaz. “Coraje corazón, soy de Sicilia”, repite como una canción desafinada, como una oración que Dios repudiará más tarde.

Nadie en el puerto acudió a despedirlo y hacinado en tercera clase junto a un millar de compatriotas, Giuseppe *il contadino* piensa en América. Después vendrán los días interminables en alta mar. Las noches de insomnio, el hambre y la soledad. El barco es un fragmento de Italia a la deriva. Una Babel flotante. Hay una fiesta de la lengua en el cruce de dialectos. Es mayo de 1896 y Giuseppe viaja en busca de su sombra. Después, en tierra, perderá hasta el apellido. El rumor de los siete casos que apuraron su partida.

Por el mismo declive sobre el caparazón Atlántico, en distinta nave, viaja la otra punta de mi sangre. El hombre de baja estatura no se mueve de cubier-

ta. El viento del mar le azota la cara y lo obliga a apretar la gorra negra con una mano, mientras que con el otro brazo se afirma a la baranda de madera. El siglo agoniza y sus ojos azules se aferran al océano. La vida es una travesía de cuarenta días. Cuarenta días no le alcanzaron a El Oscuro para quebrar la decisión del Nazareno en el desierto, ¿por qué Gaetano Deni tendría que aflojar justo ahora que el mar lo empuja hacia el futuro?

La nave cae como un guijarro por la ladera de la montaña. La mujer llora en silencio abrazada a su cintura. Chiara no extraña las angostas callejas de Santo Stefano di Rogliano, el pequeño pueblo de Calabria donde nació y se enamoró hasta perder la cabeza. Lloro a su hijo que murió en el barco. Se puso malo de pronto y se fue apagando entre el llanto y la fiebre. Un oficial le arrancó el cuerpiño de las manos y después tuvieron que arrojarlo al mar. “Voy a morir de tristeza”, piensa Chiara y la idea la tranquiliza. “Argentina es solo un nombre, por favor volvamos”, ruega cada noche antes de dormir, y el hombre de cicatriz en la frente la abraza. “Mi pena es del tamaño del mar”, murmura en dialecto y el sueño la devuelve a los campos de Cosenza.

Pero Gaetano no regresará. Sabe que este es el último viaje. Otros hijos vendrán y con ellos volverá la alegría. Él ya pisó la pampa hace tres años y ahora está decidido a dejar Italia para siempre. Lo hará sin estridencias como quien deja a una mujer que todavía ama. No es la promesa escrita en los carteles del Comité de Emigración la que lo impulsa: Fare l'América. Mentira compañeros. Este país va a comerles el corazón, grita su conciencia anarquista. Pero no puede evitarlo, es como una sed que lo empuja hacia adelante.

“*Arrivederci, Santo Stefano*”. Todo se diluye contra el azul del mar, los montes, la casa paterna de la Via Contrada Capoalfieri, el bar, los olivares. Son fantasmas amables, dibujos en la arena. La nave cae como el vino tinto sobre la porcelana del plato sopero. “*Per piacere, ritorniamo*”, ruega Chiara. El cabo mayor Gaetano Deni se toca la cicatriz de la frente y la besa en los labios. Con igual dolor, como si se tratara de otro hijo sepultado en el océano, pronto comenzará a perder el idioma. Bienvenidos al sur del sur, donde paraíso e infierno se parecen. Aquí serán engañados y repudiados. Sufrirán maltrato e infamias. Caerán y volverán a levantarse. Una, dos, tres, muchas veces.

Los Deni sembrarán la provincia, pelearán por la tierra como si hubiesen nacido en ella y no en Calabria. Ganarán el pan con sangre. El abuelo Luis será juez de paz. Dejará como herencia un reloj, dos vacas y un revólver También la belleza en la piel de mi madre.

Los Sietecase conocerán todas las variantes del hambre. De todos modos, no darán tregua. Comerán sobras y galletas. Irán a la escuela. José Sietecase se enamorará en forma sucesiva. Mi abuela Delia hablará con Dios y optará al final por no apuñalarlo. Mi padre nacerá de esa mezcla de clemencia y vendetta.

El destino se encargará de reunir a las dos familias en un baile de carnaval, una noche de luna, en un club de Rosario.

Un siglo antes de que mis yemas se dispongan a fijar sus nombres sobre el papel, los padres de mis abuelos y sus hijos pisaban la tierra que habría de cubrirlos.

1° de abril de 1993.

El día del arquero

María Zulema Amadei

Como no sé nada de fútbol, es que puedo hablar del tema con toda tranquilidad. Aprendí ese concepto de aquel amigo que, colgado de los balcones del Jockey Club, gritaba “como yo no soy socio, no me pueden echar”.

En todos los grupos de picados había un obeso inútil al que había que incluir para tener el elemento imprescindible para el partido, o sea el gordito dueño de la pelota. Y el tronco, el maleta, de arquero. Ocupé muchas veces el arco. Única mujer entre una manga de atorrantes, el lugar del torpe. Ahora sé, con certeza que era un hecho perfectamente planeado por mi hermano, en donde curiosamente siempre el partido se definía por penales. Ahí estaba la pavota, huyendo de la soledad, pagando alto precio por ser incluida en el juego masculino. Pelándose las rodillas atajando bombazos de los malditos.

Desde hace unos años (¿diez o veinte?) el puesto de arquero ha cobrado importancia. ¡Recordar Argentina 86! Ha subido en la escala social futbolera para convertirse en una estrella más. Pregunté a mi hijo Cuándo es el Día del Arquero, y el sentido de esa frase cuando se pide algo imposible. ¡Mamá, no hay día del arquero!

Desde niña, recorrí, incansable, los álbumes de fotos con equipos de los años veinte. Cómicos boinas, pantalones largos hasta la rodilla, caras adustas. Al costado, una figura nada atlética, vestida de negro, el aguatero, hincha frenético al que le habían otorgado el honor de asistir a sus héroes. Tan exótica como él, la mascota, hijo de algún jugador, disfrazado de grande, con botines. La mascota y el aguatero, sonriendo de oreja a oreja, inocentes, no comprometidos con el resultado, firmes acompañantes, felices por la sola razón de estar allí.

Entre esas fotos viejas, se destacaba la imagen de un señor muy alto, con gorra en lugar de cabeza. Me intrigaba esa figura sin rostro, ese cuerpo que terminaba en redondez negra. Indagué hasta que conseguí que papá me contara su historia. Alfredo Mors, arquero. Cierta vez, el día que jugó en primera, un fotógrafo le hizo una toma de cuerpo entero, solo, al lado de los palos. Se pei-

nó, se acomodó, y sonrió feliz frente al objetivo. Nunca consiguió la placa, no fue publicada, jamás supo adonde fue a parar el negativo. Desde entonces, Mors, en el momento exacto del clic maravilloso, se bajaba la gorra y posaba al mundo sin cara. Protesta muda contra todos los fotógrafos del mundo, por aquel farsante que le prometió la gloria de la imagen. No miraba, tampoco lo podían ver. Actitud misteriosa que me fascinó durante años.

Su club, entonces (luego fue Colón) era Gimnasia y Esgrima de Santa Fe, que se dividió en dos el día que nació. Una parte quedó en Ciudadela, siguiendo con el fútbol y otra se ubicó en el centro y se dedicó a otros deportes. Acompañé a mi padre a muchos eventos. Cuando llegue tu cumpleaños, te voy a hacer un lindo regalo, prometió. Cena en Ciudadela, con los muchachos, como él los llamaba. Yo estaba estudiando en Rosario, y de visita en casa materna.

Vení, nena, te presento a Alfredo Mors. Una mano enorme, desde lo alto de un cuerpo flaco, increíble, alcanzó la mía. Los ojos claros y rasgados, la sonrisa pícara suplantaron la gorra negra, por un instante, en lo alto de la figura conocida. Después vinieron Fillol, Tenutta, Rocha, Chocolate Valey, Islas, el oso Díaz, el oso Ferrero, Lanari, Goycochea, Gatti, Scoponi, Pumpido. Caras que encajan en el lugar de la gorra maravillosa, romántica, inútil. Gesto contra el fotógrafo y la fotografía, la mentira, la promesa estúpida.

23 de agosto de 1967, ese es para mí el Día del Arquero, el que conocí a Alfredo Mors, el ser que se revela tras el centenar de fotos que archivo prolijamente para que se la recuerde, oculta. Para que alguna vez, el Día del Arquero, sea la celebración de la promesa imposible, cumplida. Para que se incorpore al calendario junto a tantas batallas perdidas que celebramos como patrias.

Ahora que me acuerdo, ¡la gorra era gris!

*Pertenece al libro El maestro Chino que reúne
contratapas publicadas en **Rosario12** entre
marzo de 1991 y julio de 1996, editado
por UNU Editora (1997). También está
grabado en sonidosderosario.com por su autora.*

Los montajes imposibles

Gary Vila Ortiz

Esas líneas, le digo, se encuentran en “Macbeth”, pero no importa demasiado. Usted sabrá (en realidad no sé con quién hablo, o si se trata simplemente de un espejo), Faulkner usó una de esas líneas para una de sus novelas y Paul Bowles otras para unas de sus obras. Pero eso no tiene importancia si usted sigue mirando el televisor (que se encuentra al fondo del cuarto) y Susana Giménez se ríe a carcajadas de algo, pero yo no sé bien de qué se trata porque en realidad no escucho nada. Esas otras palabras son de Miguel Ángel. Las escribió en su vejez y son un autorretrato poco complaciente, casi feroz, le digo, pero eso tampoco tiene mucha importancia (no ahora, al menos, en estos momentos) porque usted sigue mirando el televisor y practicado eso que se llama zapping y las imágenes pasan rápidamente y yo sigo sin entender nada, salvo que por la ventana todavía puedo ver algo de luz (es el atardecer, claro) y pienso que mejor sería ir y escuchar algo de Ellington o un tango muy viejo de Gardel.

En realidad, sé bien que nada puede significar nada si usted ha pasado por alto tantas cosas que supone que el mundo y usted nacieron ayer, un poco antes tal vez. El texto (este texto) tampoco tiene significado alguno pues es un intento de diálogo imposible, dos personajes de Beckett encerrados en botellones de vidrio y comiendo, fumando cigarros de hoja –al menos yo– y pensando en otra cosa, en la posibilidad imposible de hacerle el amor a Marilyn Monroe o a Brigitte Bardot o a mi vecina, que está mucho más cerca. Yo le invito a mirar fotografías de cosas que han pasado en el siglo, pero usted se niega porque está almorzando con Mirta Legrand y me dice que eso es preferible al horror del hambre. En usted, salvo que las dos palabras comienzan con hache, su frase no tiene nada que ver con nada o son algo muy parecido a lo que yo puedo imaginar la nada, aunque la nada sea como una imposibilidad.

Yo estoy terminado, le digo, demasiado viejo para convencerlo de algunas cosas, cansado sobre todo, le repito aquello de que la certidumbre, la única, es de la inutilidad de todo, trato (para qué) de decirle que eso se encuentra en

un libro de Bioy Casares, es algo que no tiene existencia real, menos en este instante en que usted cree que lo que está mirando en la televisión es la realidad y poco le importa que esas imágenes sean de hace una semana y en la pantalla aparezcan fantasmas. Lo invito a que deje de mirar televisión y observe algo que pasa en la calle, cualquier cosa, una chica andando en monopatín (¿existen los monopatines?) un hombre que vende plumeros, un grupo de perros persiguiendo a una perra en celo. Ahora usted ha acercado la silla al televisor, molesto por mis palabras, y yo siento que me duelen tantas cosas que mejor no menciono ninguna.

Para usted, que en algún momento puede decidir el destino de otros como usted o de otros que son o pueden ser diferentes, lo que interesa es la inmediatez de las cosas, la ausencia de memoria, la postulación de un olvido generalizado. Digamos: usted ignora el mundo, tampoco le interesa demasiado ignorarlo y supone que el mundo se encuentra allí sin necesidad alguna de esas cosas abstractas de que he intentado inútilmente hablarle.

Usted no es en realidad una mala persona, no sé si es buena, pero como el bien y el mal son algo que no comprende, no le digo nada y sigo solitario en mi botella, con olor a ajo y a cigarro.

En realidad, lo observo con algo de asombro, para usted no existe el pecado, ni el cielo o el infierno. Vamos a morir, es cierto, uno antes que otro, pero para mi cronología, eso no interesa tanto como saber que para usted las cronologías no existen. Yo miro fotografías viejas que usted me pide que rompa y leo libros viejos que usted me pide casi ceremoniosamente que queme.

Yo no obedezco sus pedidos y usted no insiste demasiado.

Ahora trato de mostrarle una reproducción de Max Ernest y otra de Klee, pero no consigo que deje de mirar un aviso donde le proponen la compra de un automóvil cuya velocidad es como la del viejo Superman.

¿Se romperán en algún momento los botellones de vidrio? Usted me contesta que ya no hay peligro de guerra nuclear alguna y que todo se encuentra en perfecto orden, que debo aprender a quedarme quieto, mirar televisión y comer papas fritas de un tubo de cartón de color colorado.

No puedo contestarle, porque no sé qué puedo contestarle, se trata de construir otra vez una torre de babel, aunque conozco una torre de babel probablemente “naïf” que sí se encuentra casi terminada.

Ahora, a las tres de la madrugada, aparece una cucaracha y usted se siente francamente molesto y yo curiosamente me siento feliz.

Hasta me gustaría que aparecieran Drácula, Frankenstein y King Kong y le

rompieran el botellón de vidrio y el televisor y usted se viera obligado a tomar alguna actitud, no se me ocurre cuál.

Pero ninguno de los tres amigos aparece y lo único que le sigue causando molestias es la cucaracha.

Yo pienso en Kafka, pero no se lo digo. También en una novela de Alberto Vanasco, pero tampoco se lo digo. Mientras tanto, usted trata inútilmente de matar la cucaracha y ella se ha metido en su botellón y se le sube por la pierna. Usted está molesto, pero ni siquiera pone cara de asco. Ahora aparecen dos cucarachas más y luego una cuarta y después son tantas que no las puedo contar y todas se han metido en su botellón y usted trata de sacárselas de los ojos para poder ver la televisión.

Ahora ya no lo veo, o apenas si distingo una de sus manos y el botellón revienta porque las cucarachas acumuladas son muchas.

Pienso: Lovecraft debe haber escrito algo así, pero ya no tengo con quién hablar porque usted (que nunca me contestó) era el último interlocutor que tenía en el mundo.

Usted ha prolongado su noexistir en un noexistir mucho más concreto. Siento que puedo salir del botellón y salgo, pero no sé adónde ir ni tengo a quién preguntarle. Entonces vuelvo al botellón y comienzo a mirar televisión. Después de todo, esta vida no es tan mala como había pensado. Las papas fritas son ricas y aunque no sé de qué se ríen me pongo a reír junto a Susana Giménez y Mirta Legrand, que se siguen riendo a carcajadas hasta que lleguen las cucarachas.

11 de abril de 1995

Relato del artista adolescente

Rafael Bielsa

 Estiró la hoja de papel con marca de agua, Royal Treasury, Clase B azul de hielo con finísimas líneas diáfanas a espacios regulares, y copió: “... Sólo a mi gran amor estaré atento/ Siempre y con tal celo desmedido, tanto...”. La Parker 51, herencia del abuelo muerto, desamparaba una caligrafía que comenzaba a cuajar, excepto por algunas consonantes altas, que miraban por sobre el hombro en dirección a la infancia.

“... pueda decirme del amor que tuve/ Que no sea inmortal puesto que es llama/ Pero que sea infinito mientras dure”. Terminó el “Soneto de la Fidelidad”, dejó caer una gota de esencia para aromatizar la hoja, la recortó, la enrolló como si estuviese liando un cigarrillo, y la embutió dentro de un tubito de aluminio pintado a horno de “Bepantén comprimidos”, medicina que tomaba la abuela.

Después salió, chupando una trenza de azúcar al limón, dulce que nunca faltaba en la casa de la calle Montevideo. La siesta de enero dormía con las fauces abiertas, en cuyo centro ardía una pira enceguecedora en mitad de un silencio de páramo. En un mes y veinte días cumpliría los diecisiete años; iba siendo tiempo de enamorarse.

Caminó hasta la plaza Guernica, de Salta y Mitre, y una vez allí, se dirigió hasta las arcadas de ladrillo inglés cocido con esmalte. Buscó el lugar elegido, retrepándose contra una reja, el sitio preciso en que el arco de medio punto se completaba dejando –entre dos piezas de la estructura– un hueco apenas visible, colocó allí el tubito fragante, y lo empujó hacia adentro.

Luego, se sentó a mirar el río, que fluía como agua de fregar. El fundamento del ritual era más o menos simple: “así como yo copio versos en papel de seda, buscando una mujer a quien amar, los guardo en un envase y los oculto en un escondrijo, habrá una mujer que –buscando un hombre que la ame– copiará versos en papel de seda, los recortará, enrollará y enlatará y buscando el lugar más apropiado para dejarlos, encontrará los míos, y con ellos a mí, ocurriendo el amor”.

Creía ciegamente en la infalibilidad de la receta. Tan simple era el razonamiento, tan semejante a una fórmula química –la “química del amor”– que todo se reducía a esperar el momento epifánico. Recordaba una frase del Cardenal Mazzarino: yo y el tiempo, no importa contra quien.

Dejé pasar quince días, y volví al lugar; me alcé con ayuda de la reja, y el tubo seguía allí. Las primeras dos semanas habían transcurrido sin novedades. Decidí regresar a los siete días.

Esta vez con tinta real azul lavable, decidí cambiar la invocación: “... Esa mujer que se me arroja fría/ Y lúbrica en los brazos, y a sus pechos/ Me aprieta y me besa, y me susurra versos/ Juramentos de amor, malas palabras...”. Sobre un brasero oriental de impaciencia y ardores, me acercaba a los diecisiete años sin que el amor asomara, copiando esta vez el “Soneto de Devoción”.

Llegué a la caída de la tarde. Apenas sobre el horizonte, se dibujaba una resquebrajadura de palisandro. La reja, los arcos, y... ¡había desaparecido el tubo de “Bepanten comprimidos”! Sin embargo, no había nada en su reemplazo, pero de todos modos había desaparecido. Gozoso como el personaje de un retablo de Pieter Bruegel, coloqué la nueva plegaria y me dispuse a esperar lo que seguramente iba a ser la última semana de solitaria aridez de mi vida.

A los siete días exactos, volví a la Plaza Guernica, a la hora de la siesta, como la primera vez. Me estiré hasta el hueco, y toqué el tubo de aluminio. Tuve una corazonada de modo que lo saqué con cuidado, haciendo equilibrio, y –con los pies sobre la tierra– lo abrí. Estaba vacío.

En ese preciso instante, sin que yo supiera desde dónde, cayeron sobre mí dos individuos –ensordecedores como una hilandería del siglo XIX–, me hicieron poner contra una columna, abrir las piernas, levantar los brazos, me palparon de armas, me golpearon entre órdenes contradictorias, imposibles de cumplir contemporáneamente.

Finalmente los vi. Estaban de civil, armados, dos policías. Uno parecía un alambre curvo, si a los alambres los pudiera atacar de chicos la viruela; el otro, tenía una máscara pascaliana en el lugar de la cara y se paraba con el pie extrañamente doblado, unos grados más de lo que por lo general permite la fosa ilíaca. Bueno, así los veo hoy; aquella tarde irrumpieron como jejenes empavonados, teledirigidos e intimidantes.

–Por fin te tenemos, pibe –dijo Alambre–. Cantá todo, y en una de esas la sacás barata.

Yo no abrí la boca. El sopapo chasqueó como una rama seca. El sol hacía salir vapor de sobre mis hombros, y por la calle no pasaba ni un alma.

–Son poemas –murmuré–. De Vinicius de Moraes.

Pascal, siempre en falsa escuadra, me miraba con suficiencia.

–Ajá. ¿Y qué quiere decir “... que sea infinito mientras dure”? –preguntó con indecisión Alambre, picado de viruela–. ¿Cuáles son las claves para el descryptado?

Yo pensé en contestarle que era inevitable que, si los versos no se leían en su orden, dejaran de ser poesía, pero lo descarté inmediatamente. En cambio, les propuse:

–Son cosas que me enseñan en el colegio. Yo las escondo por aquí, porque siempre vengo a la plaza, nada más.

Se miraron entre sí, como si recién se conocieran. Pascal se decidió:

–¿Y cómo se llama el profesor que te las enseña?

–Luis Rivet –contesté como el rayo. Rivet era ingeniero civil, profesor de trigonometría.

Hubo un silencio al que adhirieron los pájaros. Ahora fue Alambre el que dijo:

–Mirá pibe, aquí el marxismo ha “escalado” profundamente en la sensibilidad de la sociedad toda. Nosotros hace un mes que venimos con este laburo de seguimiento. El arreglo son treinta lucas; pagá, y andate rápido.

Yo no tenía esa cantidad encima ni por asomo, y les pregunté si no podrían pasar a cobrar a domicilio.

–No hay problemas, pibe, nosotros nos tomamos el trabajo –monopolizó Alambre–. Danos la dirección, pero te advierto una cosa: si algo de lo que nos dijiste es bardo, sos boleta. ¿Entendiste bien?

Les di la dirección de la casa de mi abuela en la calle Montevideo, donde –al fin y al cabo– había comenzado todo, y no los volví a ver nunca más. O no los reconocí. Aquella tarde regresé al comienzo, con el paso perezoso de un veterano. Todavía no sabía lo que había sucedido; hoy, lo sé.

De un modo u otro, ese día comencé a figurarme que la “química del amor” no existía. Uno puede decir que el benzopireno, en contacto con el intracto de valeriana Dause, produce el derivado BPDE, que a su vez doblega al gen P51, distrayéndolo, y que de este modo la célula pierde su autocontrol, arrojando todo su ser desfallecido en brazos del amor. Si esta fórmula fuese cierta, podrían fabricarse pastillas, tragarlas y ser felices, o por lo menos enamorarnos un poco, de acuerdo con la dosis. Pero no existe.

Sólo existe la duda exasperada acerca de uno mismo, la angustia intermitente de no poder ser el propietario de una belleza que se desvanece, el hueco de los arcos de la Plaza Guernica, fantástico, vacío.

*8 de noviembre de 1999.
Incluido en el libro Sombras nada más
(Catálogos, 2000)*

La Isla de las Lágrimas

Miguel Roig

Si con algunos de nosotros, sus nietos, hablaba, era con mi hermano. Pero ahora no voy a llamar a Pepe a París ni tampoco quiero enviarle un correo y esperar, con suerte, que mañana me responda; no quiero porque lo único que quiero ahora es lo que estoy haciendo: escribir. Y lo hago, creo, porque encontré el sentido de un silencio.

Cuando mi abuelo murió yo pisaba el umbral de la adolescencia. Pocas palabras se cruzaron entre mi corta vida y la suya tan próxima a la clausura. Mi primo y yo, casi de la misma edad, resultábamos un tormento cuando su casa se abría para recibir a la familia. Teníamos merecida fama de revoltosos; hasta el gato se escondía en los días de fiesta. En cambio, mi hermano Pepe, el menor, prodigaba un carácter sereno y cálido que parecía responder a la demanda de los mayores (luego el tiempo demostró que se trataba sólo de una estrategia para hacer exactamente lo contrario, pero con un coste emocional relativamente bajo), entonces, Pepe, decía, accedía al mundo del abuelo. Yo sólo lo alcancé al final, pero fue apenas la débil iluminación de un fósforo dentro del salón de una casa oscura que te permite vislumbrar la dimensión del ambiente, las vigas expuestas del techo y una puerta que conduce al interior, a la cocina, donde se juega la vida de una casa, y cuando llevas tus pasos allí, los dedos se queman y el fósforo se apaga.

Un año antes de su muerte, mi abuelo hizo su último viaje a España. Fue por asuntos de herencia, pero a esta altura estoy seguro que para él se trató más bien de un viaje sentimental. A los pocos días de su regreso, sonó el timbre en casa y al abrir la puerta lo vi, sonriendo, con un paquete que me dio junto al saludo. Era una melódica, un instrumento de viento con teclado que resultó una herramienta útil para torturar a mi familia una larga temporada. Ese día, durante su visita, me contó una anécdota que hasta hoy yo había considerado inocente. Cuando mi abuelo estuvo en Nueva York descubrió que los ojos eran ajos: así lo contaba. Me explico: en catalán la lengua de mi abuelo y la primera que aprendí yo, antes que el castellano, ya que, en casa, por en-

tonces, sólo se hablaba catalán ajo se pronuncia igual que el sustantivo inglés eye /ai/, que significa ojo. La curiosidad fonética me hizo gracia en ese momento, pero la anécdota perduró, a la espera, en mi memoria. Poco después lo vi morir. Ver morir a mi abuelo fue ver a un hombre activo abandonar su huerta, su caja de herramientas, sus utensilios de albañil y dejarse ir, sentado en una silla bajita. Yo era poco más que un crío, pero fui capaz de ver en sus ojos la muerte; era eso lo que contaba su mirada y aún hoy me conmueve llevar dentro de mí, vivo aún, ese relato de su muerte que me narró con los ojos y no saber la historia de su vida, la que sus palabras jamás contaron.

En septiembre estuve en Nueva York. Para que me orientara y me diera su punto de vista acerca de un trabajo en el que estoy inmerso, visité al escritor Antonio Muñoz Molina, director del Instituto Cervantes de esa ciudad. Durante nuestra charla, le conté que Nueva York había sido el primer destino de mi abuelo cuando emigró de España, en un periplo que lo llevaría después a La Habana y Buenos Aires y que terminaría en Rosario. Entonces, Muñoz Molina, que fue profesor mío de literatura, le dio un giro a mi trabajo y, en otro sentido, a mi historia, al relato de mi pasado. Me remitió a un sitio en la red que almacena toda la documentación de los inmigrantes que llegaron a Nueva York, por barco, pasando por Ellis Island y me sugirió que visitara la Spanish Benevolent Society de la Calle 14 que recibía a los españoles y que aún existe, como pude comprobar, y donde todavía, de tarde en tarde, se reúnen algunos mayores para jugar al dominó.

Mi abuelo llegó a Nueva York el 13 de abril de 1917 a bordo del buque Montevideo, de la Compañía Trasatlántica, que había zarpado del puerto de Barcelona. Contaba con sólo dieciséis años, en su bolsillo tenía treinta dólares y lo recibía un tal Vicente Costa, quien se hacía responsable de su conducta.

Ellis Island, apodada la Isla de las Lágrimas en todas las lenguas de Europa, era el lugar de recepción de los inmigrantes. Entre 1892 y 1924, unos dieciséis millones de personas pasaron por ella, a razón de cinco mil por día. Sólo un dos o tres por ciento era rechazado. No parece mucho, pero representa unas doscientas cincuenta mil personas. Y según consta, tres mil de ellas se suicidaron.

Buscando información sobre la historia de mi abuelo, encontré un pequeño libro de Georges Perec, *Ellis Island*, en el que vuelca sus impresiones tras realizar un documental sobre el tema para la televisión francesa. Los datos estadísticos que he citado unas líneas más arriba proceden de su informe. Según Perec, en 1917 se instauró un examen de alfabetización al que se sometía a los emigrantes y un control médico, consistente en un fondo de ojos. Por ambas

pruebas, atendiendo la fecha, pasó mi abuelo. Perec, en su libro, reproduce un poema de Sholem Aleihem, Motl, Hijo de Poeta y en algunos de sus versos da cuenta de esto: “Te estacionan en el ‘Kestelgraten’ (Castle Garden), te ubican desnudo y te miran a los ojos/si tienes los ojos sanos todo va bien. Si no, te obligan/a volver de donde vienes./ Me parece que tengo los ojos sanos...”.

Posiblemente la primera palabra que escuchó mi abuelo en inglés fue eyes: el médico quería mirar sus ojos. Imagino el pánico de no entender, de saber que te la estás jugando. Y puedo ver, también, su sonrisa después de pasar la prueba, la distensión mínima para poder disfrutar de algo, al menos de la coincidencia fonética entre ajos y ojos.

La anécdota es una de las vigas que vi en el alma de mi abuelo mientras ardía el fósforo. Son sus ojos cuando se despedía de mí, sentado en la silla. Esos ojos que temblaron en la Isla de las Lágrimas. Y qué son las lágrimas sino una de las formas que tienen los ojos para interrumpir su silencio.

7 de marzo de 2006

Mitocondrias

Beatriz Suárez

Una amiga bióloga me cuenta que la madre a los hijos les pasa, da, transmite, información genética (ADN) en sus mitocondrias, es más, entendí que las mismas mitocondrias de los hijos (ese interior celular) son tal cual las de la madre.

La genética descubrió esto y a tal punto es así que si hay dudas sobre la maternidad de un hijo, las investigaciones dan resultados al 100 %, dado que se basan en que esas mitocondrias maternas son las mitocondrias que circulan en todas las células que componen al hijo. Madre e hijo poseen este elemento en común.

El padre también cede material genético a sus hijos, pero no es como el caso de la madre; me pareció entender (en la hermosa y amada explicación de esta bióloga) que un hijo porta algo de la madre, que en ellos viven y perviven las mitocondrias que otrora fueran de una abuela, que a su vez de una bisabuela y así hasta llegar quien sabe adónde.

Me explicó que no por esto es más segura la madre que el padre. No. Simplemente que la primera pone un material palpable, conseguible; un poco de su cuerpo, de sus células, esas mini partículas de las que, incluso, ella misma está hecha.

Empecé a mirar distinto a mis sobrinos. Pensé en mi hermana que se ha ido hace ya cinco años, a remontar la corriente hacia el silencio. Pensé además en todos los hijos que, entonces (según esta teoría) poseerían algo de la madre tal cual, tal cual padeció y disfrutó la vida.

Sospeché que algo eternamente tengo de mi abuela Tata, y que mi hija les pasará a sus hijos mitocondrias de las mujeres Arduino que vinieron de Italia hace cuatro generaciones, que mi sobrina exhibe el cimbronazo de la madre, las matrices de Laura, cuando toca la guitarra (pues encima en las mitocondrias, dice mi bióloga, que está la energía). Entonces ella toca o estudia matemática propulsada por las patas de alambre de mi hermana, que estuvieron hechas de mitocondrias encendidas, legadas a sus polvorosos hijos.

Amo la célula desde que me fue anoticiada esta parte de la biología. Me meto en su lógica y pienso algo eterno entre la efímera vida de los rosarinos. Las mitocondrias son gargantas para extintos, en ellas algo impalpable viaja para aliviar duelos.

Mi propio reverso pasará a mis nietos, algo mío que no recibirá sepultura.

Miro tocar el violín a mi sobrino e imagino un torbellino de mitocondrias de ella propulsando notas Do, tal cual las da la vida.

Es una olimpiada de paz la que me vino, quedé perpleja ante la explicación y salí de una desolación lastimosa que tengo después de algunas muertes cercanas.

Digo, si las mitocondrias de mi hermana Pepe están tal cual en Vicente y Elena, entonces la misma Pepe está cada vez que los veo.

Y así con cada hijo que perdió a su madre. Pensé en escribir para invitar a salir del tacho de tristeza, que si el ahogo de la ausencia no se soporta están las mitocondrias para darnos oxígeno.

Sólo que hay que saber miraras y leerlas entre los que quedamos.

Que por la sangre y por la tierra corre lo eterno. Y que eso eterno tiene para la ciencia una responsabilidad en la poesía.

Hoy salí a mirar mitocondrias en los deudos. En los cachorros, los pendejos por ahí, los guachos tempranos, la miseria.

Y por un rato fui feliz.

20 de febrero de 2009.

Pa' que bailen las muchachas

Irene Ocampo

El tango no es mi fuerte. No sé bailarlo. Conozco pocas canciones. Me gusta mucho el tango post Piazzola, el instrumental, que no es ni para bailar, ni para cantar. Pero algunos tangos y sus letras son parte de mi vida, mi infancia más precisamente. Y a veces, alguna que otra estrofa asoma en mi escritura, como la que le da título a esta nota.

Entre 2009 y 2010 me ocurrieron varias M en mi vida. Por lo que comenzaron a aparecer en mi poesía claros signos de una *emesificación*, por decirlo en una forma grave y circunspecta. Lo concreto es que escribí mucho, variado, trastocadamente y perdidamente enamorada. Poemas dirigidos a varias mujeres que tuvieron en común además de haberme atraído de alguna manera o de otra, que sus nombres comenzaban con la letra M.

Si bien empecé a escribir algunos de estos poemas sin tener en cuenta ese detalle, la relación con una de esas mujeres, quizás porque fue la más significativa, cuya ebullición me provocó una mayor producción poética, y tal vez porque la naturaleza de la relación -completamente clandestina y oculta- me obligó a mantener el verdadero nombre de la receptora de esos versos en secreto. Comencé a escribir en un archivo, al cual le di un nombre aparentemente en clave. Así nació Poemas con y sin M.

Al cabo de un tiempo, comprendí que aquella relación no era la más importante de mi vida, con cierta tristeza. Me encaminé entonces al duro trabajo de desenamorarme, y en eso estaba cuando comprendí que el título de ese poemario podía abarcar muchos más poemas de los que había escrito dirigidos a una de las M. en particular.

La poeta norteamericana Marilyn Hacker publicó hace unos años *Love, death and the changing of the seasons*. Un libro que, como su título indica, habla de amor, a lo largo de todo un año y que, como las estaciones, asoma, estalla, decae y se transforma, no sin provocar todo tipo de reacciones en la autora. Leí algunos de esos poemas, creo no recordar mal, un par de sonetos, en la hermosa antología *Erótica* que editó Margaret Reynolds. Esa lectura, la de

unos sonetos eróticos y lésbicos, me impactaron y decidí comprarme el libro de Hacker. Es un libro denso, estructurado en ocho partes y una coda. Lo más importante para mí en ese momento fue el tener en mis manos un libro de poemas de amor escritos por una mujer, madre de una niña, profesora de un lado y otro del océano atlántico, poeta, ensayista y erudita, a otra mujer, mucho más joven, y música.

No emprendí, como era mi intención cuando me compré el libro, la lectura ávida en pos de traducirlo. Mi interés se fue diluyendo, la complejidad de los poemas, y lo más frustrante para mí, la dificultad de poder traducirlos y que esa tarea diera por resultado otros poemas lo más dignos posible de una poeta de la talla de Hacker, hicieron que abandonara por un tiempo su lectura.

En cambio, seguí escribiendo en mi poemario. También fui leyendo en diferentes eventos poéticos, lecturas, reuniones con amigas, algunos o varios de los poemas que fui produciendo. Comencé un curso de métrica, con el que pretendí acercarme al menos a la estructura del verso rimado y medido en castellano, con el fin de poder en algún momento tener otras armas para cuando decidiera abocarme a la traducción de algunos de los sonetos de Hacker. Sin embargo, sigo pensando que los que incluyó Reynolds en la antología Erótica son los mejores.

Pero lo que me motiva a comentarles todo esto no es el problema de la traducción del inglés de poemas escritos por una erudita. En realidad, lo que quisiera es compartir algunas sensaciones sobre la escritura de poesía amorosa lésbica en esta época que nos toca vivir. Mis poemas tuvieron una misma destinataria durante muchos años. Sin embargo, los poemas amorosos no fueron lo que más abundó en mi escritura. Ahora siento que deseo escribir poemas de amor, y quiero que esos poemas sean de amor lésbico. Pero ¿qué significa eso para mí?

Por un lado, una fuerte identificación con lo que escribo, lo que redundaría en tomar una voz cantante como poeta lesbiana, como alguna vez dijo Diana Bellessi en un ensayo, y que quienes me lean esperen, tal vez, que tome ese lugar. No tengo problema en hacerlo, porque siento que puedo decir mucho a muchas con unas pocas líneas, tal es el valor simbólico que la poesía multiplica.

Pero ese compromiso no está desligado de las causas sociales, que como mujer feminista y proveniente de la clase trabajadora en el interior de este país latinoamericano que se llama Argentina, me atraviesan. Para colmo, como alguna vez concluimos con Mercedes Gómez, si ella es poeta fiestera, yo soy

poeta bailantera. Bailo de todo, aunque ya les dije que el tango no es lo que mejor me sale. Soy hinchada de Boca. Y hablo varios idiomas, uno más colonialista que el otro. Lo político-sexual será mi caldo de cultivo, el medio a través del cual exprese mis ideas, bailando, batallando, y batiendo el parche de lo que sea, redoblante, zurdo, caja.

¿Qué quiero decir con todo esto? Que soy una persona más, con miles de contradicciones, pero con una inmensa y alocada fe en que las palabras nos dicen, nos pueden nombrar, y esa es una de las tantas microacciones que emprendo, y aquí me uno a Valeria Flores, compañera patagónica, cuando por ejemplo digo: “Amar a una mujer/ y amar a esa otra mujer también/ Amar a la mujer que hay en mí/ y amar a la mujer que hay en vos/ otra distinta a mí/ posibilidad de ser yo/ en las otras/ de ser las otras en mí/ un ida y vuelta progresivo/ en expansión/ a contrapelo de las definiciones/ abriendo el juego/ de lo simultáneo/ de la expresión del deseo/ multiplicado en voces/ soy un coro/ y soy la solista/ desandando la fría/ mezquindad de la culpa/ habitándome en ellas”.

26 de mayo de 2010.

El día que me quisieras

Miriam Cairo

“¿Dónde está Cairo? ¡Que la llamen!”, dice el editor, haciendo de su nombre un abismo oscuro.

Es un edificio viejo, mal iluminado y con ascensor de rejilla, democrático. Por allí suben todos: los cronistas, el editor, las visitas, deudores, acreedores. La reja negra tiene una flor o un follaje donde esconder los ojos tristes o hipnotizados.

Cairo llega con su femenino tropel de luciérnagas custodiadas por un rayo misterioso. El editor sigue hablando, olvidándose de las comas y dando rienda suelta al estilo libre. Cairo tiene una mirada Polaroid cuyo resplandor llega desde 1937 hasta la Estrella Polar. Ha leído a un autor aureolado. A un autor anónimo. A un autor empírico y a un narrador obsceno. Cualquier otro editor la habría rechazado ya que es propensa a los mareos, alérgica a los sahumerios y víctima de los horarios.

El editor aparece en el ojo de las luciérnagas con la túnica negra del Emperador Amarillo. Las palabras hacen fila en el estrecho pasillo de entrada: unas van al sector locales, otras a deportes, otras a espectáculos, otras a la última página. Algunas no tendrán paz: irán hacia uno y otro lado y las luciérnagas celosas las mirarán pasar.

El editor pregunta a alguien indeterminado, gritando desde el final del pasillo, como si estuviera en una calle de Roma, quién cubrió la visita del gobernador de la provincia. Un siseo que está a punto de ser amistoso entre las chicas de la recepción y los cronistas suscita un griterío que lo refuta.

Cairo alza tormentas monosilábicas. Las luciérnagas se visten de fiesta con su mejor color. Susurran cosas en primera persona y la luna menguante sostiene en un cuerno la Estrella Polar y en otro, la Polaroid.

Hoy aquí mañana allá. El editor colma de noticias a los lectores del diario. Ser intermediario entre la información y el lector puede ser un gran suplicio, porque los hechos de la realidad se producen desautorizando los deseos de cualquier ser humano. Las luciérnagas de Cairo trabajan en el otro plano de la voluble existencia. Trabajan con seres que quieren vivir según las esperan-

zas de cualquier ser humano. Las luciérnagas narradas zumban como un enjambre elaborado por la memoria. El editor esquivo el tropel de palabras que quiere atropellarlo.

Las luciérnagas parpadean con un ojo insensato y otro vigilante mientras los cronistas de las primeras páginas y la narradora de la última van dejando entrar, una por una, la interminable fila de palabras. Hay un entrecruzamiento tumultuoso en el pasillo. Las que no sirven aquí van para allá. Las que están demás allí vienen acá. Luego leeremos lo que dicen.

Los cronistas escriben en una lengua que los lectores de noticias entienden. Las luciérnagas, en cambio, usan esa misma lengua, pero no como un material ya hecho y significado sino como greda virgen. Es una lengua que sólo los lectores de contratapas entienden.

El editor parpadea a baja altura, sin ponerse de un lado del pasillo o del otro. Por el cielo pasa un biguá avisando que se va hacia el río y locas las fontanas le cuentan su amor. En un ágil movimiento, el editor desvía esa noticia de la primera plana. Contra reloj rebota en los policiales, se estrella en el titular de economía, no resuelve el drama electoral y cae en la última página.

Todo ocurre vertiginosamente. A sangre fría se cierran las columnas: especulación y equilibrio en La Bolsa de Comercio, hacia la derecha. Juicio a represores en página impar. Cartelera de cine en fuente nimia. Una muerta con alas en el cesto del olvido.

El rayo misterioso ilumina la noticia del biguá que da unas vueltas, hace un paso de tango y se deshace en un vals. Ese pájaro fornido viene huyendo del Miriñay y del pasado. Viene arrastrando el ala margarita y las luciérnagas curiosas hacen nido en el pelo de Cairo que recoge el humo, el alma, el vuelo del biguá, y escribe.

15 de octubre de 2011.

El oficio solitario de la imaginación

Marcia Brédice

Hay un riesgo en leer tempranamente: olvidar que todo aquello que se lee es ficción y asumir lo leído como real. Tal fue lo que, a fuerza de mimetizarme con los significados de las formas, me sucedió a los diez años. Leía Quiroga y demoraba horas de sueño porque tenía miedo a mi almohada. Leía Allan Poe y sentía que dentro del placard latía un corazón delator. Leía Roberto Arlt y subía escaleras repitiendo los viles adjetivos de Erdosain o de Erguetta o del Jorobado (que en la vida tenemos a veces la necesidad de ser canallas, de ensuciarnos bien adentro, destrozar a alguien para siempre). Leía Cortázar y creía entender que la filosofía zen y la simbología de las cosas eran parte constitutiva de cualquier sistema de pensamiento y que en algún lugar me encontraría con Horacio Oliveira hablándome de París.

Entender el mundo como una serie de correspondencias lo imbuía de misterio y lo convertía en una verdadera ficción, más verosímil que la propia realidad. Así fui entendiendo que encontrarme a la vuelta de una esquina con los personajes que elucubraban en mi cabeza (como encontrarme con alguien que no veía desde hacía mucho tiempo) no era una mera casualidad, sino la configuración premeditada de una serie de elementos que, ordenados, abreviaban el lacónico movimiento prospectivo de la filmografía de mi vida. La imaginación comenzó a ser mi mayor ocupación.

Encantada de poder entender estas cosas, supe que a la vida sólo se la podía vivir de una forma: descalza y leyendo. Convirtiéndola en ficción y anulando las acciones secundarias de personajes secundarios que no podían más que demorar los buenos desenlaces. Recreando sus puntos débiles, haciendo primeros planos de lo importante, rellenando con detalles los ambientes, rompiendo la naturalidad de lo cronológico con el flashback de la memoria.

Si para sacudirme las páginas leídas de Camus durante seis días iba a las páginas de Pauls, encontraba que unas hacían eco de las otras, que en La vida descalzo estaba un poco El verano y que las viceversas no eran ideas forzadas de coincidencias, sino profundas búsquedas en las que dos autores se miraban

en espejo para que yo, con mi desequilibrada brújula del sentido, pudiera sondear en los infinitos mapas de la intertextualidad. Y en ese infinito recorrido me perdía, siempre, gustosa de encontrar escaparates en los puntos finales.

Ni la lectura ni la escritura estuvieron lejos de mi pulso vital. Tan importante como leer y escribir fue respirar y amar y amanecer con los libros desordenados sobre la cama.

Se multiplicaron las páginas y los lomos y las cubiertas y las portadas. Los libros fueron llenando los estantes, los anaqueles, las horas, los recreos. Se apilaron libros en el baño, en la mesa de luz y en los rincones inútiles de los muebles. Y el mundo se llenó de jorobados y farmacéuticos neuróticos que leían la Biblia y hablaban de prostitución; de conejos señalando agujeros por donde escapar a otra dimensión. Y empezó el ejercicio de las formas y las líneas, de los anversos y reversos de la trama. La ocupación trocó en oficio y el oficio dio páginas y críticas.

La realidad no existe si no hay imaginación para verla, anota Paul Auster y reescribo yo en esta contratapa. Y esa imaginación creativa sólo puede comenzar en la penumbra de la soledad. Sólo en la torre de la solitariedad, la memoria baja hasta las napas para rescatar el oficio primero de la invención. Baja y le acaricia la frente y le da de comer, como a un pajarito desplumado después de una tormenta.

12 de junio de 2012.

Maternidad intratable (III)

Luisina Bourband

Si no escribo me enloquezco.

▲ Soy el ejemplo de madre desbordada. Estoy levantada por octava vez. En esta oportunidad, desde las 5:25 de la mañana. Bajé con el bebé porque el único modo de que no se queje y despierte a la hermana es que duerma hamacado y en posición vertical sobre mi pecho. Cuando lo voy a acostar, después de varios intentos donde a pesar de mi arrullo se vuelve a poner boca arriba mirándome y pidiendo que lo alce, se despierta la beba. Rápidamente lee la situación de que me estoy ocupando de su hermano, por lo tanto, se pone como una moto. Empieza a girar con su enterito blanco, y parece una versión morocha de Maggie Simpson. Se saca y pone el chupete, se arquea, tose, eructa, está afónica, chilla, grita, pone su cabeza sobre mi brazo, sobre las piernas del hermano que está tomando la mamadera. No recuerdo a qué hora le di a cada uno el Corteroid, a qué hora les hice el puff, y si tomaron o no la leche y cuánto. De tanto dar vueltas, y luego de darse la cabeza contra la pared un par de veces, gracias a todos los dioses del olimpo y alrededores, la beba se duerme. Pero tan al lado del borde de la cama que ya no me quedará tranquila, porque le pongo el almohadón triangular como tope, pero muchas veces se balancea en él ni bien se despierta y eso le da cierto punch a la caída estrepitosa. Cada vez que respire más o menos fuerte, voy a subir por la escalera habiendo revoleado las chancletas que me obstaculizan la corrida. Por lo tanto, quedo descalza, por lo tanto, me empieza a picar la garganta, que está esperando su turno para enfermarse, cuando todos los demás integrantes de la familia se curen. O sea que caeré para primavera, en ese momento en que todos los demás empiecen a disfrutar.

Cuando me estoy haciendo el mate, chocha de la vida, tipo siete de la mañana, ya sin esperanzas de dormir, pero con el placer haber conquistado mi derecho a desayunar, siento un ruido estruendoso por el babycall. Subo como loca. Es Benjamín que fue a mi pieza a buscarme como todas las mañanas,

abriendo la puerta con toda la fuerza que le da el miedo de estar en la oscuridad. Lo miro venir por el pasillo con su pijama de Hombre Araña agujereado en la rodilla. Tengo que arreglarlo en algún momento. Ya no le va a servir al hermano. Tiene los ojos pegados y el pelo parado y duro. Ayer tuvo un cumpleaños al que pude sólo buscarlo, le quedaron los pelos apelmazados de la transpiración y no lo pude bañar. Tendrá que ir así a la escuela. Le pongo las medias, y como veo que soporta sin quejarse, ya le pongo el uniforme, todo el tiempo advirtiéndole que-no-haga-ruido-por favor-porque-los-bebés...

Como siempre, primero no quiere tomar la leche, se la hago igual, se come todas las facturas que hay en el plato de ayer. Va a haber problemas con la hermana más grande, que mirará las migas y hará reproches sobre la distribución no equitativa de los tesoros gastronómicos en la familia. Mientras escucho la radio con una oreja, con la otra escucho el relato que me hace de un dibujo propio. Me culpo porque le doy poca bola a su maravillosa imaginación, y mientras contesto los mails que tengo atrasados de hace días, de tesis-tas y alumnos que esperan de mí una respuesta experta.

La empleada está llegando ocho minutos tarde y perjudica la posibilidad de bañarme en los veinticinco minutos que tengo antes de llevarlo a Khalil. Yo también tengo los pelos duros, porque me pongo a pensar y no me baño desde antes de ayer, con noventa por ciento de humedad.

Gracias a los mismos dioses de hace un rato, los bebés ahora duermen y no complejizan más mi mañana, aunque estoy en S.O.S. todo el tiempo porque la escucho respirar a ella y está con mucho moco, hay que hacerle la nebu, vapor, algo. De vez en cuando él también tose. Tienen un volcán adentro, pobrecitos. De ellos también me ocupo a medias. Y si duermen cuando yo estoy, me van a extrañar más, los voy a extrañar más.

Llega la chica, con esa cara de nada que me enerva. No pide disculpas, pone la pava para desayunar y la quiero asesinar porque no tiene ni idea de lo que me está pasando.

Me puedo bañar, y estoy llegando tan tarde a todo. Los pelos limpios, pero semi mojados, pude lavar los míos, los de Benjamín no. Todo no se puede. Cuando bajo nuevamente (ya llevo el récord de subidas y bajadas matinales), mi hijo no se lavó los dientes, no sabe dónde está su mochila ni la campera, sigue mirando Mamá Luchetti por youtube, y yo no sé a quién ajusticiar primero. Me desenfreno, grito, me apuro, todos los pasos que doy parecen en falso. Mientras recuerdo la pregunta que me hizo la semana pasada: “mami, ¿qué estás hoy, cansada o apurada?”. Una puñalada. No firmé el cuadernito, no

mandé la plata en sobre cerrado para el paseo. Imposible buscar un sobre ahora. Mañana. En cuarenta y cinco minutos tengo que estar en función analista. En ese momento me parece algo ficticio, lejano, sobrecogedor.

Estoy saliendo con el nene, la cartera, la planchita del pelo para arreglarme en el consultorio, la mochila, el paraguas, mientras la beba recién levantada me mira desde sus enormes ojos negros, con esa carita angelical, brillante, y lanza un aullido estilo lobo porque quiere estar conmigo. En ese momento veo que la hermana adolescente está saliendo con nosotros, para la misma escuela, sin haberse percatado de toda la situación de crisis matinal que estamos viviendo.

—¿Vos vas para la escuela?

—Sí, entro tarde.

—¿Y entonces, por qué no llevás a tu hermano?

—Ah, sí, bueno, ¿a qué hora entra? —pregunta por milésima vez de la historia escolar del nene.

Lo despacho sin siquiera saludarlo del arrasamiento subjetivo que tengo.

Si la chica le empieza a hacer la nebu a la bebé, yo tengo una segunda oportunidad para secarme el pelo.

En ese momento lo veo. El objeto brilla con su presencia indiscutible. Estuve al lado de él desde temprano y no lo vi. Él es el que me mira ahora: EL TERMO AZUL del jardín. Hoy me tocaba llevar el mate cocido. La maestra me había preguntado con cautela “¿vos podés?”, con ese tono de vos que sos mamá diferencial de mellizos. —¡Claro que puedo! Soy una madre y mujer argentina que se ocupa de las necesidades de su hijo y sus veintisiete compañeritos. Creo que voy a desfallecer.

¿Cómo resuelvo en 30 minutos el asunto? ¿Les compro unas gaseosas y las llevo? No puedo. ¿Suspendo la primera paciente? No puedo ya, es muy informal. Ya sé, en 20 minutos hago la infusión, la llevo y llego al consul. No puedo, al menos que se haya inventado la detención temporal que tanto soñé cuando era chica.

Por suerte, siempre está el recurso a la mami todo terreno del jardín (linda, bailarina, relajada, ¿cómo hace?), que se dedica realmente a su hija. Esta vez me salva la mamá de Keyla. Le hablo: Debi, tengo una super emergencia urgencia estoy desesperada no dormí. Todo así sin puntos ni comas. Su sonrisa atraviesa el teléfono y con una voz resolutiva me dice, no te preocupes, yo lo paso a buscar. “¿Lo puede preparar la chica?”, pregunta.

—Ceci, ¿vos lo podés preparar?

—Sí, sí.

Ahí la empiezo a querer de nuevo, las quiero a todas, quiero a todas las mujeres colaboradoras del mundo, y prometo que voy a devolver el favor, y que mi vida va a mejorar, y que habrá un tiempo de descanso que está pronto a llegar, y que nos va a alcanzar la plata, el tiempo, y sí León, vamos a viajar, a amarnos, a escribir, a conversar.

Recuerdo que hoy mi día será fantástico, porque mi hada madrina, mi hermana mayor va a venir a salvarme las papas, y va a hacer todo lo que yo no puedo, va a terminar las cortinas que hace tres meses que están a medias, y todo, todo lo demás. Mi vida será otra. Y todavía el día no empezó. Ahora sí me voy. Hola ¡Lacan? ¡Cómo te va?

2 de julio de 2014

Buenos tiempos

Marcelo Britos

La sangre aparecía por debajo de la cortina del comedor y llegaba hasta la rejilla del patio, y los perros la olían y lloriqueaban, como si pudieran saber de quién era. Por el intersticio que dejaban la pared y la cortina, forzando un poco la vista por el reflejo del sol del mediodía, era posible distinguir un pie desnudo y una mano, en una posición extraña. Y eso lo decía Miguel, titubeando y con las muñecas esposadas, los brazos rodeando el respaldo de una silla de metal y los bordes de esa silla apretándole los músculos. Cuando terminó de hablar le estrellaron un puñetazo en las costillas, saltó harina como una explosión blanca, los nudillos resintiendo el costado y doblándolo, un Cristo negro sin cruz, lanceado por los centuriones azules del futuro.

Cómo sabés todo eso. Lo sabés porque estabas ahí.

No, le juro que no. Lo miré desde el tapial, siempre me asomo para pedirle algo que poner en los pebetes que nos dan en las panaderías, después de hacer la descarga. Y él me da tomate, pollo, algo de mayonesa. Se lleva una tapa y me la trae.

Te vamos a hacer lo mismo que le hiciste a él, negro de mierda.

El gallego le chistaba siempre alrededor de las doce, antes de la última salida del primer turno, y Miguel se paraba encima de las bolsas cargadas en la camioneta y se asomaba, y le alcanzaba un par de pebetes, o varillas, y él se quedaba con algunas y le devolvía una con algo adentro, algo que había sobrado de la noche anterior o lo que fuera que se disponía a almorzar. Mientras Miguel comía le contaba de los buenos tiempos. De cuando había llegado de Madrid, y vivía en Buenos Aires. Siempre le hablaba de un amigo con el que iba a cenar a hoteles lujosos, a caminar por la costanera y mirar el río que devenía lento y lejano en el océano que terminaba en un lugar del que renegaba. Allí no podíamos vivir, decía. Y Miguel suponía que se refería a él y a su amigo. Y lagrimeaba por dentro, se hacía sentir el llanto en la voz y en la mirada plateada que se perdía por encima de los techos de Cristalería.

Una siesta fue Miguel el que chistó, con un pedazo de membrillo en la

mano, pidiendo algo de queso. El gallego, más afectado que otras veces, le preguntó cómo iba a pagarle, y sonrió trasponiendo la cortina. Cuando volvió Miguel había extendido su cuerpo por encima del tapial, con el pene erecto en la mano. Con esto te voy a pagar, le dijo. Saltó y entraron. Relato minúsculo de la tarde perdido en una sola memoria.

Tenía un traje a rayas –le contaba–, un traje gris oscuro con rayas finitas y claras. Unos zapatos de charol, un reloj dorado que brillaba con el reflejo amarillo de las arañas, como en una película que relataban aquellos años y aquellos lugares de un delirio de abundancia. Y le explicaba qué era el charol, y las arañas, y en qué espacios del mundo estaban esas cosas, el mismo mundo en el que alguien había encajado a Chajarí, los montes, los cardenales y los ríos marrones durmiendo la tarde.

Volvé que te van a echar, y necesitás el trabajo para darle de comer a tus críos. Andá, mañana te chisto y tomamos unos mates. Vos mangué las facturas.

En la camioneta, sentado atrás sobre las bolsas, con la brisa estival que le llevaba algo de alivio, se imaginaba al gallego en traje, más flaco, sin esas camisetitas agujereadas, ni las ojotas. Imaginaba al amigo del gallego, más varonil, también trajeado y con ese brillo desconocido. Estaba conociendo algo distinto, incómodo por momentos, con ese acento extraño y la voz de mujer ronca desfallecida.

Miguel lo encontró. Cuando era casi la una y no lo había llamado se asomó y vio el corredero de sangre, y saltó el tapial pensando que le habían envenenado alguno de los perros y que lo encontraría llorando en la mesa de la cocina, con el televisor chillando las noticias. A veces a la noche dejaba entrar a los tipos, les daba algo de plata; estaba muy solo. Esa última reflexión era suya, lo demás eran rumores que escuchaba del dueño del depósito. Volvió y avisó, y después fueron derecho a él, sin preguntarle nada hasta tenerlo en la comisaría, aferrado como un chivo a la silla y dándole sin asco.

Al comisario le daba pena, muchacho ignorante, robar así y sacarse de quicio. Imaginaba lo que vendría, algunos años nomás, Coronda o Piñeiro y las celdas de dos por cuatro, y las requisas, y lo demás, lo que ningún hombre quiere imaginar, ni él, que estaba de ese lado de la reja.

Creó oír un llanto apagado. Ahora llorás pelotudo. Sentado contra la pared, abrazando las rodillas, las marcas de los ganchos en las muñecas. Ahora te das cuenta de lo que hiciste. Dónde está el mediodía, la chata remontando la circunvalación, la entrada al barrio, su familia. Dónde está el gallego en-

trando y saliendo con medio sándwich. Ahora te lamentás, cuando el daño es irreparable, cuando le cagaste la vida a tu mujer y a tus hijos. Eso a vos no te importa.

Y lo escuchaba y el llanto perdía el control mínimo que había logrado, el ahogo de la garganta y del brazo amortiguando el quejido, animal enfermo esperando la muerte debajo de un mueble. Pero no lloraba por eso, ni por lo que no había hecho. Lloraba por otras cosas que ni él comprendía, pero que se instalarían para siempre en su cabeza. Algo menos remediable que la injusticia de la que tenía más o menos una idea.

17 de octubre de 2014.

Toda una vida

Dahiana Belfiori

▲ Mirta se cambió el nombre cuando se fue de su casa a los dieciocho años. Justa era el que figuraba en el documento. Había terminado el magisterio y se había enamorado locamente de Antonio, un pescador, alto, morecho y con unos ojazos azules que la mareaban. Se conocieron en un baile en el pueblo de Entre Ríos donde Mirta vivía. Entre chamamé y chamamé y manos curtidas –que no dejaban de lado la delicadeza– y firmes en la cintura, no hizo falta mucho para convencerla de irse con él a vivir a la isla. Antonio tenía la conversación en la mirada. A Mirta se le ocurrían mil palabras por cada silencio que le adivinaba. Él tenía la vista larga. Ella, la lengua suelta. Y con la largura y la soltura fue que se hicieron camino en medio del agua.

En aquellos tiempos solo en el documento se diferenciaba a una niña de una adulta, si de cualquier modo las mujeres para algunas cosas eran niñas eternas, incapaces de pensar por sí mismas. Mirta lo sabía y dejó a Justa como un modo de abandonar la dependencia de la niñez. No era que el nombre no le gustara, pero le recordaba su origen. Una tarde de verano fue a visitar a su padre, ya viejo y al que nunca quiso. Él se desahogó musitando el recuerdo de aquella india: tu madre era negra y sus ojos eran de miel. Fue todo lo que supo de su madre guaraní. La mujer de su padre, Clara, la crió como hija propia, la bautizó y la amó. Después de todo era su primera hija. Para Mirta, sin embargo, Justa era el nombre que tenía la marca del oprobio. Justo era entonces que eligiera el de la mujer que más había admirado en su vida, maestra, fuerte, aguerrida, que le había enseñado a plantarse y a sostenerse incluso en tierras pantanosas. Así, además, se la imaginaba a su madre.

Con Antonio levantaron la escuela. Él siguió pescando, ella se dedicó por entero a la docencia. En menos de un año comenzaron a llegar niñas y niños de la zona. Eran de todas las edades y había que alfabetizar. Hubo que hacer doble turno para albergar a los treinta de la tarde y a los treinta de la mañana. Entre turno y turno, Mirta preparaba un almuerzo succulento para todos. En los mismos tabloncitos donde se aprendía a escribir, se comía. Los días eran largos en la isla y ella los estiraba preparando las clases durante la madrugada. Nunca dejó de trabajar, ni cuando tuvo una sola alumna, ni cuando el río se llevó la escuela. Entre todos armaron una flotante, un poco más espaciosa. Al-

rededor, Mirta limpió el terreno y armó una huerta. No puede decir cuándo, pero los hijos le fueron llegando. Tuvo tres y se les mezclaban con los niños y las niñas de la escuela.

En el medio de la isla el agua hacía su lugar. Lagunas de una quietud de no más de un metro de profundidad en las que proliferaban toda clase de plantas: jacintos, acordeones o repollitos y lechuguitas de agua; juncos; lirios amarillos. Pero los más bellos eran los irupés, con sus platos verdes enormes y brillantes y su flor con perfume de ananá. Mirta se acercaba con miedo a esa flor. Era peligroso andar a pie porque las víboras perseguían su manjar de ranas y anidaban allí. Pero era más fuerte la fascinación por la flor y la harina que de su fruto extraía. Cuando su primer nieto tuvo la edad en la que se arman los recuerdos, iban juntos a despedir a Antonio que salía a pescar en el momento en que el sol mostraba su línea roja en el horizonte. Tomados de la mano, veían cómo la canoa se abría paso en el silencio del cemento verde. Para Mirta esa era una postal de la belleza. Y mientras la canoa se hacía un punto negro sobre la mancha naranja, le contaba a su nieto la leyenda del irupé. Mirando la flor, miraba a la madre que no conoció. La madre india, que su padre le había negado, renacía en su boca.

Con el tiempo aquellos niños y niñas que fueron sus alumnos volvieron a la escuela para agradecerle lo que había hecho por ellos. A sus casi 80 años, Mirta ya no vive en la isla. El cuerpo le dijo basta un buen día. Ahora la van a visitar en tierra firme. Algunos son docentes y dan clases en la misma escuela que Mirta levantó con sus manos. Raúl, uno de esos niños y actual maestro de la escuela, le pasa el mate caliente y le recuerda algo que él había presenciado y que ella había olvidado.

—¿Se acuerda del día que vino Juana con una bataraza abajo del brazo? Era un regalo para usted Mirta, por no dejar que sus hijos se le murieran —eso dijo—. Todos los que pasamos por la escolita sentimos eso, Mirta. Todos.

A Mirta se le escapan una lágrima y una sonrisa. Toda una vida justa para que no se muera la esperanza.

11 de septiembre de 2015.

Amor

Pablo Bilsky

Primero fue un sueño recurrente. Después se convirtió en el único. Solo soñaba eso, todas las noches. Y ella siempre estaba. Ella era el sueño, en realidad. Pelirrobia. Abundosa. Tostada por un sol que era solo para ella, un sol propio que siempre le regalaba su luz. Ella era una mujer rebosante de voluptuosidad e inteligencia. Con ojos vivaces, inquietos. Una belleza contundente, densa. Una diosa nutricia.

Me llevó cinco sesiones de análisis describirla. Y demoré otras tantas hasta animarme a pronunciar su nombre. Cuando lo hice, incómodo en el diván, mirando un punto fijo en la pared, el analista a mis espaldas emitió un quejido leve, como un animal herido.

“Lilita Carrió” dije, finalmente. Y el nombre habilitó la posibilidad de analizar el sueño. El aporte del analista fue fundamental. Durante mi relato, cometí varios actos fallidos. Y en varias palabras cambié la ele por eme. Lilita remitiría, entonces a “limita”. El límite de mi posibilidad de desear. La belleza demasiado avasallante de Lilita me interrogaba, y anulaba, como sujeto deseante. Su nombre de flor remite, además, a aquello que atrae, a aquello que se abre, a los orificios del cuerpo.

El diminutivo funciona como aumentativo, claro. Atracción y horror eran parte de la misma pulsión.

Ella me hablaba de la Virgen, de Gramsci, y de Comodoro Py. Me hablaba de la república y siempre, pero siempre, después de decir “república” decía no sé qué de la res-pública. La interpretación del analista me ayudó mucho, me permitió saber qué simbolizaba y cómo se relacionaba ella con mi historia familiar. Pero Lilita seguía allí, en todos mis sueños.

Recurrí entonces a un psiquiatra. Tomé la medicación que me indicó, pero Lilita seguía en mis sueños. Recurrí luego a un pastor evangélico. Fue muy amable conmigo. Obtuve una respuesta clara, convincente, que hablaba del demonio. Recé, como me indicó. Pero Lilita seguía en mis sueños.

Me recomendaron un brujo, un chamán en realidad, me aclararon. El tipo trabaja en la Bolsa. El chamanismo lo ejerce por vocación. Para ayudar. Tiene ese don y debe usarlo para hacer el bien, me dijo. Y es verdad. No me cobró. Me citó en un barcito cerca de la Bolsa. Trajeado, muy elegante, muy

fino. Me escuchó atento, sin mirar el celular ni una sola vez. Y después me dio la respuesta que buscaba.

Fue claro, directo: “Estás caliente con esa chirusa, pibe. Te calienta papi, corta. Te ofrezco dos métodos. El de Onán, terapia manual, digamos. Videos de la mina hay a rolete. Te ponés a mirar uno, y dale que va, manos a la obra. Disfrutate, hijo”, sentenció antes de ofrecerme un plan B.

“Si no funciona, comprás una prenda íntima, la envolvés en papel metalizado y la ponés en el microondas. Eso te va a liberar”, dijo, a la vez que llamaba al mozo. Pagó los dos cafés y desapareció.

Dos días después me sentía nervioso pese a los ansiolíticos, pero ya decidido, en el bar de Pellegrini y Maipú. Pensaba ir sin demora hasta Mitre, donde hay un supermercado. Allí podría comprar tanto la ropa íntima como el papel metalizado. En eso pensaba cuando la vi venir. Era ella. Lilita Carrió. Y venía hacia mí. Por Pellegrini. Y no era sueño. Arrojé unos billetes sobre la mesa y corrí, corrí, corrí sin parar, con todas mis fuerzas. Corrí, corrí con todo mi ser lanzado hacia delante. Corrí.

Imposible. Imposible alejarme de ella. Corrí y corrí, pero ella seguía allí, tras de mí, pegadita, a pocos centímetros. O milímetros. Me soplaba la nuca, literalmente. Y me iba diciendo cosas al oído, sobre todo eso de la res-pública, cosas de la Virgen, no sé qué del virgo potens, del comodoro, de Lombardi, de la ley de medios, del régimen depuesto y de una nueva Argentina.

“Sancta María. Ora pro nobis. Sancta Dei Genitrix. Sancta Virgo virginum. Ora pro nobis. Mater Christi. Mater purissima. Hannah Arendt. Macri. Vita dulcendo et spes nostra, Mauricio. Hernán Lombardi, veni, Creator Spiritus, mentes tuorum visita, imple superna gratia quae tu creasti pectora. Mater castissima, Hernán Lombardi. Mater Creatoris. Mater Salvatoris. Virgo prudentissima. Virgo potens. DNU. Deum de Deo, lumen de lumine, Deum verum de Deo vero, Lombardi, Bullrich, Virgo potens”, me decía Lilita al oído.

Lo decía en un latín eclesiástico y soplaba-nuca, prístino, no afectado por el maratón.

Corrimos. A velocidad constante. Sin jadeos. Hicimos el siguiente recorrido: Pellegrini, Mitre, Mendoza, Provincias Unidas. A velocidad pareja. Con elegancia. Gráciles. Etéreos. Como gamos en celo.

No se le veían las piernas a Lilita. Como en ciertos dibujos animados, un torbellino multicolor, un turbión, ocupaba el lugar de las piernas. Su bello torso iba flotando sobre ese vórtice de viento y luz. Conformábamos una amo-

rosa coreografía. Bailábamos. La gente nos gritaba: “¡Enamorados!” “¡Vean, enamorados van!” “¡Veloces y enamorados van!”.

Intenté perderla en las Cuatro Plazas de Mendoza y Provincias Unidas. Dimos varias vueltas alrededor. Fúlgidos de tan ligeros. Parejos. Pegaditos. No hubo caso. Retomé Mendoza. Hasta Alem. Después encaré, encaramos mejor dicho, para el lado del río. Trepé. Salté tapiales. Nadé hasta la isla. Ya no estaba.

Compré la prenda y el papel, y me apuré a llegar a casa. Hice lo que me indicó el chamán. Armé el paquetito con cuidado. Y después me quedé observando, calmado, cómo el objeto oblongo giraba y se iba incendiando. El humo llenó primero el microondas y luego se extendió por toda la casa. Estaba pensando en el cortocircuito, el incendio, el olor a cable quemado, cuando me percaté, con un sobresalto, de que la imagen que reflejaba la tapa de vidrio espejado del horno, ya resquebrajada por el fuego, no era mi rostro, no. Era Lilita, y su cría. Me lancé hacia el pastillero, pero se había convertido en Hernán Lombardi. Sí, un simple pastillero, de plástico, comprado en calle San Martín, convertido en titular del Sistema Federal de Medios y Contenidos Públicos. La ventana estaba abierta.

11 de enero de 2016.

Insultar al fantasma

Hernando Quagliardi

La primera vez que oí la historia no le hice demasiado caso. Ya andaré yo con ese humor vitriólico que forma una pátina aceitosa sobre mi atención y no predispone al diálogo. Sin embargo, algo se quedó guardado en algún lugar de mi mente. Hace unos días le pedí al doctor Luis A. que volviera a contarla. Desde un invisible punto de atracción noté que generaba sentimientos encontrados: no quería oír la historia y quería oír la historia. Ahora me doy cuenta de que eso es normal cuando se trata del género “terror”, como ocurre en el cine, cuando el espectador se tapa un poco la cara dejando siempre un resquicio para ver. A esto hay que agregar que el doctor Luis A. tiene el don del buen narrador y que un consultorio odontológico es algo siniestro que agudiza los sentidos.

¿Por qué el género no cuaja en la literatura argentina moderna? No será por falta de tradición. Sobran textos y nombres prestigiosos. Desde Esteban Echeverría a Charlie Feiling. Con una perspicacia de “estaño” Elvio Gandolfo sostiene, en *El libro de los géneros recargado*, que los argentinos hemos vivido demasiados horrores reales (dictaduras, hiperinflación) como para ceder tan fácil al miedo al que invitan los relatos de ese tipo. No le falta razón. Pero, además, el entorno ha ido cambiando. El relato urbano —no los mitos provincianos, ese bestiario de la hora de la siesta donde abundan yagaretés y pombes— exige ciertas condiciones que se modificaron con el desarrollo de las modernas ciudades. A ningún fantasma le gusta aparecerse en torres de cuarenta pisos con amenities y piscina. Demasiada luz, demasiada vista al río.

Muchas viejas casonas se han rendido para dejarle paso a las nuevas construcciones. Otras se han convertido en lugares de tecnología, razón de más para que ya no se aparezca nada por ahí. De estos rasgos distintivos sale una regla: las historias de terror son siempre anacrónicas.

Conozco al doctor Luis A. desde hace unos veinte años. Es un hombre sereno, inclinado a los trabajos de su ciencia, lo que equivale a decir que tiene poco trato con los artículos de fe. La historia que me contó no está dotada de

trucos de escenografía (no hay frío polar, ni cadenas, ni vapor en los espejos). No se propone una moraleja. Tampoco tiene vacilaciones. Él la repite seguro, tal como la he escuchado la primera vez. Y esa simpleza es la que está en el núcleo mismo de la verosimilitud. La voz va recobrando los años, la casa, el cuadro familiar. Hay un placer en la escucha, una molicie por la que me dejo llevar, hasta caer en la cuenta de que no queda nadie en el consultorio y que las sombras deben andar jugando ya entre los plátanos de la calle.

Un efecto común de los relatos de horror de la literatura argentina es, me parece, la pesadilla. En Julio Cortázar eso está muy presente, igual en Charlie Feiling. En su novela *El mal menor* la visión de los “visitantes” aparece filtrada por algún estado de embotamiento: la droga en el caso de Inés, la condición de tarotista en el caso de Nelson Floreal. Incluso en muchos de los cuentos de Borges se nota la tendencia a la pesadilla.

Luego habría que pensar también en lo que representan las apariciones. Desde el siglo XIX para acá hay un deseo de “humanizar al fantasma”, canalizarlo a través de la conciencia del Mal o en el descubrimiento del inconsciente. Por lo menos la crítica no se ha ahorrado esta interpretación para una obra tan emblemática como es *Otra Vuelta de Tuerca* de Henry James, aunque no hay que pasar por alto que James dice que escuchó una historia de unos sirvientes pérfidos que se aparecían en la casa para maltratar a unos niños, y escribió la novela.

“Entonces nos habíamos acostumbrado a su presencia”, dice el doctor Luis A. Su padre era algo así como un supervisor del Ministerio de Educación y, en esos tiempos, le habían dado por sede una vieja casona del barrio de Arroyito, al lado de una escuela. Cuando nombra a sus padres dice: “papá” o “mamá” y en esa invocación hay una plena intimidad que también contribuye a aumentar el poder del verosímil.

“El hombre tenía un rostro raspado como en esas viejas fotografías en las que se cuelan terceros involuntarios. Vestía de negro. Tenía predilección por una ventana del pasillo o iba a pararse al lado de la higuera en el patio. La costumbre nos había hecho inmunes al espectro, al punto que algunas tardes a la hora del té, mamá solía desviar la vista del libro para anunciarnos con cierto pesar: ahí está de nuevo”.

Me apresuré a preguntarle si la aparición se comunicaba con ellos y él se apuró a responder que no. Una sola vez, entrada la noche, cuando atravesaba el pasillo hacia la casa, lo acompañó unos pasos farfullando un: “¡Ugh, Ugh, Ugh!”; como si fuera el fantasma quien se asustara esa vez y protestara por eso.

“No sé de dónde sacó mi hermano que para ahuyentar al fantasma había que insultarlo. Solía levantar un dedo y soltar una serie de improperios al aire”. No quisieron acudir a otros procedimientos. Nada más disimular la situación cuando venían chicos o visitas a la casa. Pero nada de sacerdotes, “que a papá le irritaban más los curas que los fantasmas”.

El odontólogo comenzó a guardar sus herramientas en los blancos cajones de un mueble. Se llevó una mano a la barba y con un tono cansado, de lugar común, agregó: “una matanza en la época de la mafia, en la década del veinte o del treinta...unos quinteros.”

El silencio se deslizó cabal entre nosotros para puntuar nuestros propios pensamientos. Entonces, como al pasar, me dijo que mal que le pesara a su hermano, no recordaba que insultar al fantasma hubiera dado nunca buenos resultados.

Antes de enfrentar la calle nos reímos mucho. A carcajada limpia.

14 de septiembre de 2016.

La camisa celeste

Jorge Isaías

En ese sueño todo era real, menos la camiseta celeste que vestía Armando Grillo.

Llovía o había llovido, el arco sur de nuestra cancha tenía un poco de agua en la gramilla escasa, y él estaba parado allí, íntegro antes de que la vida me lo llevara para siempre y desgastara su imagen. Descalzo, en el arco, pero no era arquero, sino que jugaba conmigo en la defensa. Al parecer, se había lesionado el arquero y en ese tiempo no había reemplazo como ahora, y él, gaucho y dispuesto, había tomado su lugar.

La camiseta no podía ser celeste. Él nunca usó otra que la roja sangre de nuestro club, pero lo vi joven como en aquellos viejos tiempos; sin embargo, yo estaba afuera y era este señor adulto que soy y le hablaba desde el costado del arco, le hacía preguntas y él me contestaba con interés, pero sin desatender el juego.

Siendo mayor que yo, me trataba con el aprecio de un hermano que con más años se sentía obligado a proteger. Él jugaba con el tres en la espalda. No me olvido de cuando debuté aquel domingo en Firmat. Él me llamó aparte, me puso la mano sobre el hombro y me dijo: - ¿Estás nervioso? Vos jugá como sabés, que todo va a salir bien.

Yo entré a la cancha detrás de él, con el dos a la espalda, y Nenucho Faravelli, el capitán, encabezaba la fila india con la pelota bajo el brazo.

Después, en pequeños camiones que transitaban caminos polvorientos por los pueblos que esperaban como una liebre echada entre cardales, fuimos dejando girones de pasión por los colores del club de nuestro gran amor de entonces. El fútbol, puedo decir sin exagerar, me dio las primeras lecciones de solidaridad y de fidelidad a un grupo. Al menos en aquellos tiempos, eso era el fútbol para nosotros, la entrega a una divisa que nos había cobijado y una parcialidad que confiaba en nosotros.

Volvíamos de esos pueblos sudorosos, plenos si ganábamos, tristes si perdíamos, llenos de tierra y de cansancio. Bajábamos con nuestros bolsos y nos íbamos a nuestras casas para volver al club a comentar el partido. No viajábamos

solos porque nos acompañaban con otros vehículos los hinchas que venían a alentarnos. En eso siempre hubo una gran tradición que se mantiene. No en todos los pueblos sucede lo mismo.

Luego vendrían todos los días de la semana en que, en los ratos libres, ya que todos trabajábamos, nos encontrábamos en la cancha para jugar incansablemente, corriendo detrás de esa pelota de cuero con sus raspaduras de alambre. Armando Grillo, o el Negro Grillo, estaba entre los infaltables. Llegaba primero y se iba al anochecer. Lo veo caminar, chueco, mirando el suelo con sus ojos oscuros y con un mechón negro y reluciente de su cabello cayéndole sobre la frente.

Cuando me vine a la ciudad, lleno de sueños y de ilusiones, las ocupaciones de esa época, el estudio por ejemplo, y el trabajo insumían todo mi tiempo. El Negro Grillo lo cruzaba a mi viejo por el pueblo de vez en cuando y le preguntaba siempre si yo seguía jugando. Mi padre, con un poco de resentimiento, le dijo un día: –Vive en un barrio lleno de canchas y baldíos, pero ni se asoma. Cuando me lo contó, sentí que en algún punto lo traicionaba. Yo le hubiera querido decir que seguía con ese sueño que alguna vez compartimos, de ser futbolistas, pero creo que le dije o pensé, ahora no recuerdo, que uno en la vida debe elegir, a veces o casi siempre.

Cada vez que iba al pueblo, lo buscaba en las mesas del club o recorría los boliches donde podía encontrarlo y tomábamos un vino espeso y recordábamos aquel tiempo que se estiraba y nos iba haciendo grandes, pero en un punto tal vez nos había hecho felices y habíamos compartido cosas muy importantes como son la pasión y el compromiso. No diré que me sentía muy cómodo siempre, aunque él, fiel a su discreto estilo, nada me reprochara y, al contrario, se alegraba porque yo era siempre el pibe humilde, como me dijo una vez, y se sentía orgulloso de que me considerara su amigo.

Después pasó un tiempo en que dejé de verlo, se había mudado de pueblo. Un día me dijeron que había estado preso por un robo menor en el lugar donde vivía.

Pasaron los años y cierta vez que caí por nuestro pueblo había un gran asado partidario, era el albor de la democracia. Iba nada menos que el candidato a gobernador. Fuimos toda la familia, yo conté cuarenta entre varias generaciones. El gran salón del club estaba repleto, habían habilitado los salones de la planta alta y el bar, ya que no cabían en el salón grande. Mi padre me dijo: –Andá al patio que entre los asadores está tu amigo, el Negro Grillo.

Salí al patio y lo busqué entre los numerosos asadores. Lo encontré acucillado dando vuelta un gran costillar.

–¿Qué haces, Negro? –le dije.

Se incorporó sorprendido, porque no esperaba verme allí. Nos dimos un gran abrazo y prometimos tomar un vino al otro día en el club.

La verdad sea dicha, no sé si lo hicimos, la vida nos fue separando. Anoche se me apareció en sueños con una camiseta celeste y yo creo haberme enterado por alguien que abandonó este mundo donde nada le fue fácil.

Y la verdad es que me gustaría que no fuera cierto, porque habría margen para darnos ese gran abrazo como el que nos dimos en la cancha cuando golemos a ese equipo de no recuerdo dónde.

6 de mayo de 2017.

Todas las hojarasca del mundo

Nadia Isasa

Treinta años después, Gabriel recordaba el momento en que lo había pensado por primera vez. Distráido de sus juegos de gánsteres, oculto de la mirada de su abuelo, el pequeño observaba un montículo de hojas secas bajo un banco desvencijado en la plaza central de Araca. “Siempre hay cosas escondidas debajo de alguna hojarasca”. Era la plaza habitual, los bancos rotos de toda la vida, el otoño de cada año. Pero esas hojas se le hacían adánicas, virginales, casi un descubrimiento de su memoria, una invención de su mirada.

La hojarasca ahí, amontonada, invisible, en su estadía provisoria, parecía descansar hasta la próxima brisa, el pantallazo ventisco que volvería a desarmarla, a convertirla en partes voladoras de un todo nostálgico e irreconciliable. Pero ahí, así, en ese minuto de montículo, de vital quietud amenazada, en ese entrevero de rojos y marrones y verduscos, entre los vértices, las nervaduras y las terminales en pico, superpuestas, montadas, caóticamente apiladas, las hojas de otoño bajo el banco parecían esconder un secreto. Gabriel miraba hipnotizado entre las maderas podridas del asiento, con la fascinación del mundo descubierto y la impotencia del enigma nunca revelado. Sabía que no podía tocar, revolver con un palito, soplar. Que ese precario orden de objetos escondía algo que no sería mostrado a la fuerza. Que incluso, tal vez, no sería mostrado.

En esas estaba cuando escuchó la voz de su abuelo, lejana y amenazante. El Coronel había salido ya del mercado y, otra vez, Gabito había desatendido el habitual “no te muevas de aquí”. Mientras el abuelo continuaba con el pregón, el pequeño echó una última mirada entre las tablas raídas, como si ese tardío instante de contemplación le estuviera permitiendo una composición fotográfica memorable, y memorística. “Algún día seré capaz de develar los misterios del mundo” pensó, y salió corriendo.

Treinta años después, en una plaza parecida de la ciudad capital, en un recreo entre el viaje a pie y la reunión con la editorial, Gabo se sentaba en un banco sin respaldo. El pecho le había avisado de su necesidad de reposo. Estaba con el tiempo justo, pero su biología había decidido por él: cinco minutos para repo-

nerse, para disfrazar estratégicamente la ansiedad, para acomodar los pliegues de ese traje prestado que le quedaba grande. Necesitaba aire a rafagazos, pero sus narinas parecían selladas. Incluyó su cuerpo hacia adelante, los codos apoyados sobre los muslos y colgó la cabeza, descomprimiendo la presión de su nuca. En un devaneo visual, reparó en las hojas amontonadas bajo el banco. Y pensó que otra vez era otoño, tres décadas después. Que los misterios de la vida lo habían convertido en escritor, pero seguían resistiéndose a ser acomodados en su mente. Ahí estaba su niño, asomándose otra vez a otra hojarasca, que era la misma, todas las hojarasca del mundo. Sus días, su pulso, su respiración, las teclas de su máquina de escribir, todo era hojarasca. La novela corta que llevaba en su maletín de mano con la amarga ilusión de que fuera publicada (muertos, patriarcas y un médico que arriba a un pueblo inventado), la llamada del editor unos días antes y la concertación de la cita, el banco roto de Araca y este –lustrado– en la ciudad capital. El mercado en el pueblo de la infancia y el edificio vidriado de la editorial. Toda hojarasca. En esos cinco minutos para tomar coraje pudo develar el mundo oculto bajo el banco de la infancia muchos años atrás, y el universo se le presentó con forma de biblioteca (como el hielo de Melquíades). El recorrido entre puntos distantes y distintos configuraba ahora un texto que parecía escribirse solo, bajo una lógica recién descubierta, que arrojaba imágenes apresuradas, vertiginosas, como cayendo por las paredes acuosas de una cascada, y reunidas nuevamente en el espejo de agua en el que decanta la catarata, componiendo su danza de colores, de disparates, de nuevo mundo.

En el sillón doble tapizado de cuerina verdosa, Gabriel espera ya sin premura. No conoce a su interlocutor, pero está seguro que lo llamará por su apellido incompleto. “Y eso será una buena señal, una ventaja”. La secretaria le había ofrecido café, pero no aceptó. Estaba ocupado en el vértigo de la intuición, en la espera. Con las dos manos sostiene su maletín, adentro: la hojarasca.

—¿Gabriel García?

Salió con firmeza de la espera, dio un paso y luego otro y así hasta alcanzar el umbral de la oficina de la que lo habían llamado. Desde afuera, estrechó su mano izquierda, que fue recibida por una parecida, izquierda también, mientras la derecha de ese otro a quien pertenecía la voz que, segundos antes habría pronunciado su nombre (incompleto), cerraba la puerta.

1° de agosto de 2017.

El Piqui y la soledad

Perla Hardoy

Decidí volver a la ciudad para tratar de arreglar las cosas con mi mujer. Me había ido dando un portazo, como enojado, para ocultar que estaba totalmente enamorado de una pendeja que me tenía loco y que me dejó loco también cuando se fue. Hasta tantear la situación no podía pedirle que me recibiera en nuestra casa, la que había dejado tan convencido, por otra parte. Así que le pedí a Raúl que me diera asilo por unos días, hasta el retorno. Tan- ta confianza, así, me tenía. El no tuvo ningún problema, al contrario, me re- cibió con alegría y la primera noche la pasamos riendo, recordando los días de caravana, y tomando unos vinos. Al segundo día todo cambió, como es inevitable que suceda en esta vida que imaginamos programada. A Raúl le avisaron que su madre había muerto. Tenía que viajar, y sus hermanas le pi- dieron que dispusiera del tiempo suficiente como para quedarse y arreglar todo lo que fuera necesario. Cuando se fue lo vi bastante pálido. Es lógico pensé, aunque no visitara muy seguido a su madre, era su madre, y al final las madres son las madres.

Raúl siempre fue un tipo raro. Por un lado, un misántropo que huía de la gente y por el otro un desesperado sufriente de la soledad. Después de pensarlo un poco me dije que quizá eso no era una contradicción. Como fuera, esta vez lo había encontrado mejor. Creo que fue por el canario. Se había comprado un canario. Al que alimentaba, cuidaba, y hasta le hablaba como si fuera una persona. Lo había llamado “Piqui”, porque decía que tenía un pico hermoso, que a decir verdad yo veía como cualquier pico de cualquier otro canario. Bueno, pero así somos, todo lo que es nuestro siempre lo vemos especial. Es- pecialmente bueno o especialmente malo. Pero diferente. Igual no dejaba de sorprenderme al ver a Raúl extasiado con el canto de su pájaro. Parado al lado de la jaula ponía esa cara de arrobamiento místico que uno solo imagina en Sor Juana Inés de la Cruz.

Como sea, cuando Raúl estaba haciendo la valija estuvo pidiéndome por más de una hora que cuidara bien a su Piqui. Recomendaciones, consejos,

aclaraciones, ruegos. Hubo de todo. Hasta llegó a decirme que mi llegada a su casa la había organizado la fuerza del universo para que su pájaro no se quedara solo. No le dije nada, pero ni vale la pena aclarar que me sentí como un pequeño insecto al lado de su gran Piqui. Me explicó, sobre todo, que al bicho no le gustaba la soledad. Que la sufría y que era necesario que le hablara un poco todos los días. Pensé que en ese sentido Raúl y Piqui se parecían bastante, pero no se lo dije.

Cuando Raúl cerró la puerta y se fue en un taxi tan negro como la noche sin luna que nos cubría, no dejé de sentirme aliviado. Eso de tener al lado a un reciente huérfano que le habla a su canario no paraba de molestarme en un lugar indefinido que no lograba localizar.

Ni bien se fue llamé a Daniela y le propuse que habláramos. Me dijo que me esperaba en su, nuestra, casa a las ocho. Supe que tenía un tramo del terreno ganado, y lo confirmé más tarde cuando, después de un rosario de palabras, lágrimas y pesares, vino el momento de compartir la cama. Que fue como antes, no, mejor que antes en realidad, porque siempre el condimento de la reconciliación lo hace más intenso, aunque uno intuya que, más tarde o más temprano, avanzará de nuevo el gris. En fin, lo importante para esta historia es que Daniela me pidió o, a decir verdad, me dio autorización para que vuelva a vivir a nuestra, su, casa. Me puse contento, pero no dejé de preocuparme. Contento porque esa vida de trashumante ya me había cansado y necesitaba, de alguna manera, anclar. Y preocupado porque tendría que incumplir el compromiso con Raúl, y con su Piqui. La solución la encontré con lo que es habitual en mi vida que la encuentre: la cibernética. Si yo tenía que echarle un ojo a Piqui, por qué no echárselo con una cámara. Aprovechando los adelantos de los satélites y mi profesión, que a su manejo se dedica, instalé un dispositivo especial que me permitía ver a Piqui cuantas veces quisiera, sin estar allí. Incluso monitorear cuando su comida estuviera por acabarse para darme un salto y rellenarle las bandejas con alimento y agua. No fue difícil y me sentí un genio, resolviendo la cuestión con tanta facilidad.

El problema apareció al segundo día. Cuando sintonicé la cámara para echarle ese ojo a Piqui, me di cuenta que al canario le faltaba un ala. Quedé consternado y llegué en un santiamén a la casa de Raúl. Pero la jaula estaba igual: cerrada, como la había dejado, la comida y el agua completas. Nada había cambiado, solo el ala que no estaba por ningún lado. Descartando la entrada de cualquier animal que lo hubiera atacado, y la magia en la que, excepto en raras ocasiones, he decidido no creer, lo único que pude deducir fue que

el pájaro se había comido su propia ala. Y no sería por hambre, no, porque su comida estaba intacta. Pensé que tal vez fuera una manifestación de la tristeza que le producía la falta de Raúl, pero lo negué con rapidez. Comenzaba a parecer un loco irracional como era mi amigo con su pájaro. Se me ocurrió de inmediato llevármelo a casa para tenerlo cerca y vigilarlo, pero, de todas las mujeres que andan por el mundo, yo fui a elegir una que padece de ornitofobia, por lo que eso se hacía definitivamente imposible. Volví a casa preocupado, pero también pensando que no tenía sentido gastar pensamientos en algo tan pequeño como un canario.

Sin embargo, al otro día, cuando sintonicé la imagen de Piqui ya le faltaba la otra ala, y una pata. Para tener una idea: era un bicho, un pajarito color amarillo limón, con las plumas medio pinchudas y algunas pegadas al cuerpo como si estuviera mojado, con dos ojos oscuros, brillantes como de vidrio, y casi imperceptibles. Con dos agujeros medio pelados, sin plumas, en los laterales del cuerpo; y encima ahora, por la falta de su pata, un poco inclinado hacia el costado izquierdo. Un espanto. No, no puede ser, dije, e hice lo que se suele hacer en los casos de preocupación extrema: relativizar, naturalizar. En definitiva: negar. Y con un “habré visto mal” me tranquilicé y juré que al otro día pasaría por la casa de Raúl a darle un poco de charla al Piqui, junto con su comida y el agua. Y fue así nomás, a primera hora de la mañana ya estaba ahí, pero al poner la llave en la cerradura supe que algo no andaba bien. No sé por qué, son esas cosas que uno ve con otra parte de su cuerpo que no son los ojos. Como si la realidad se adelantara antes de ser real. Habrá sido por eso que fui hasta el jardín de invierno como pisando huevos. Con miedo. Auténtico y apestoso miedo. Y ahí estaba, confirmando lo esperado. Mejor dicho, no estaba. No estaba el Piqui. No había nada ni nadie en la jaula. Vacía. Solo la comida y el agua sin tocar, y en un costado, casi sin poder ser advertido, había un pequeño pico. El pico del Piqui. Solo eso había quedado de él.

Me senté derrotado en el primer sillón que encontré tratando de explicar con la razón eso que había visto. En ese momento escuché la puerta de calle y en unos segundos vi a Raúl parado junto a mí. Mirándome, como pidiendo explicaciones. No sé, le dije, no sé dónde está, se fue, desapareció, te juro que no entiendo. Entonces miró la jaula, me miró a mí, volvió a mirar la jaula y me dijo: Te repetí mil veces que no soportaba la soledad. Lo abandonaste. Te fuiste de casa, ¿no? Ante mi silencio culpable siguió: no le dejaste más opción que quedarse con él mismo. Y empezó a llorar.

Cuando me fui de su casa, lo dejé durmiendo y convencido de que lloraba

más por la muerte de su madre que por la desaparición de Piqui. Y me consolé pensando que ya se le iba a pasar, que al día siguiente le compraría otro canario, y mucho más lindo que el desaparecido Piqui.

Al otro día lo urgente tapó lo importante, como suele pasar. Una discusión medio salvaje con Daniela me hizo olvidar totalmente a mi amigo y su canario. A la noche, tarde, me acordé que la cámara todavía estaba conectada. Sería bueno dar una mirada antes de llamar a Raúl para ver como está, pensé, por si ya está dormido.

Abrir la cámara y gritar fue el mismo acto: ahí estaban las pantuflas de Raúl, su pantalón pijama arrollado sobre sí mismo haciendo un bulto en el piso, pero sin ningún cuerpo adentro. Y al costado, casi sin poder ser advertida, una mandíbula con todos sus dientes.

24 de enero de 2018.

De compras

Ingrid Proietto y Eugenio Previgliano

▲ No entra: atropella y las puertas se le abren, y entra con paso decidido, y entra con todo el cuerpo pesándole en la dirección elegida y no es que haya terminado de entrar con sus gestos firmes pero respetuosos: su mano izquierda en un gesto resuelto y preciso, toma, por el borde superior, la lata verde y la deposita, con una suavidad exacta y calculada, en el mero ángulo de la canasta del carrito.

Un poco atrás va ella que todavía se pierde en el recorrido de las góndolas y no decide por dónde empezar mientras intenta recordar de memoria la lista que anotó en casa porque no quiere hurgar en la cartera hasta encontrarla. Ella no atropella, pero se distrae tanto que se la llevan puesta. Tarda un poco más, es cierto. Le cuesta resolver, no lo niega. Sin embargo, siempre llega a tiempo, a donde sea que esté él con el carrito, para arrasar con esa imperturbable precisión. Entonces, levanta la lata del fondo del carrito y la observa como si estuviera por comprar una alhaja de la que debe determinar si es auténtica o burda copia. La aprieta para ver si tiene aire (nunca se acuerda si se abolla cuando tiene aire o cuando le falta, ni sabe si tiene que tener aire o no, pero su abuela las apretaba así que, si le dan la oportunidad, ella abolla todas las latas del super), la compara con los otros tipos de latas verdes de la góndola, la aleja para ver si lee las letritas tan pequeñas (piensa que cada vez ponen caracteres más chicos, aunque enseguida reconoce que es ella la que va perdiendo capacidad visual segundo a segundo) y le consulta con esa ternura que a él, la verdad, le rompe bastante las pelotas, si se fijó en la fecha de vencimiento.

Aun cuando en la diversidad de tareas que se ejecutan en el planeta se pueda encontrar algo de cada una en cualquiera de las demás, cada quien, piensa él, debe afrontar la suya con responsabilidad. Esta idea lo ha puesto a salvo, hasta hoy, de asumir él mismo el cometido de no comprar alimentos en mal estado, y lo ha liberado de poner los cinco sentidos en un ejercicio profano que en manos de profesionales resulta inapelable como cualquier otra certeza industrial. Sin embargo, como si el mundo hubiera empezado en los tres últimos minutos, sin gafas, entorna los párpados e intenta leer el rótulo en la base dorada de la lata que más parece una inscripción venida desde

un mundo muy lejano, perdido mucho antes de la llegada de los conquistadores europeos, una civilización bromatológica que hubiera determinado, ya desde antes del origen de los tiempos que, siendo este un otoño ingrátido y húmedo, la lata cursará todo el otoño y parte del crudo invierno en buen estado de conservación si se estibara según las reglas del arte, y esto le dice a su compañera: “Sí, querida”.

Hay pocas cosas que le molestan más en la vida que lo que acaba de decirle el tipo. Y el tipo le acaba de decir sí, querida. Lo que más le molesta es hacer las compras, pero que casi le susurre sí, querida le despierta todo tipo de demonios. Y él lo sabe. Por eso le dice tan bajito y seguro: sí, querida. Porque la quiere más que nunca cuando se le despiertan los demonios. Pero como ella conoce el mecanismo, se controla. No la va a correr de su equilibrio astral así de fácil. De modo que sin pronunciar palabra y casi conteniendo la respiración, le saca la lata verde de la mano y, burlando ese movimiento ridículo que él tiene para acomodar las compras en el chango, la sujeta con el pulgar y el índice desde arriba y, con suma delicadeza, vuelve a ubicarla en el fondo del carro.

“No sabía que veías tan bien sin lentes”, le comenta mientras examina un tarro de alcauciles en aceite. Y agrega que lo envidia porque lo que es ella, si todavía le interesa algo lo que le pasa, ya no puede ver ciertas cosas. Ni qué decir cuando tiene que enhebrar una aguja. Él la ignora porque está concentrado en la selección de condimentos raros que siempre compra y nunca usa. Apoya tres frascos de porquerías gourmet en el chango, respira hondo, con forma de suspiro, y le asegura que los condimentos nunca vencen. Pero como ella no cocina y sabe que él no utilizará esas especias está tranquila. Y como está tranquila, le responde: “Claro, mi vida” y se siente liberada del “sí, querida” que le atravesaba la pleura parietal. Lo mira íntegra, así, como si acabara de descubrir que también puede clavar un par de términos mágicos en el punto exacto donde él atesora la paciencia que les permite repetir la misma coreografía cada fin de semana. Él resopla otra vez, pero como ella ya no está pendiente, ni se da cuenta.

“¿Eso es todo? –le consulta– ¿Para una lata verde y tres frasquitos me hiciste venir?”. Y así, cansada hasta de sí misma, camina hacia el sector del papel higiénico. Sabe que en eso tiene que intervenir porque si lo deja a él (que no entiende que hay que fijarse si es doble hoja y cuántos metros trae cada rollo para calcular el precio) pueden pasar toda la vida usando los rollos de cocina en el baño.

“Vos –le dice intempestivamente él– no me escuchás. Te dije antes de salir, que no hacía ninguna falta que me acompañaras, con revisar la lista, desearme suerte y volver a tus cosas personales hubiera estado bien, pero es así, vos –repite– vos a mí no me escuchás”.

Eso dice y en su entonación no se sabe si se destaca el silencio al fin de la frase o el acento de la palabra “escuchás”, pero su mirada, prístina y clara como la de los marinos del mar de Wedell, no se aparta ni un breve instante de la chispeante mirada de ella.

“Otra vez con el temita de que no lo escucho”, piensa ella. “Y todavía falta pagar”, sigue pensando. “Y él siempre se pone en la cola más lenta”, continúa. No sabe qué pasa, pero elija la caja que elija, tardan más que en ninguna otra. Así que, además de pensar, decide que no consentirá que él lleve el carro a las cajas esta vez. Aunque no es por eso que lo abraza fuerte y le dice que hace frío, que quiere irse ya de ahí y que, seguro, después le van a dar ganas de chocolate.

Dos besos, no necesita más, para lograr que él vaya a elegirle los chocolates, apropiarse del changuito y ponerse en la fila que más rápido les permita volver a casa.

31 de julio de 2018

La China y Spinetta 573

Marcelo Scalona

▲ Aquel día Esteban fue con Wu, el chino del súper chino de enfrente de su casa, al aeropuerto de Fisherton a buscar a Xia, su hija, que venía de Beijing a visitar la familia en Rosario. Durante el trayecto de una hora hasta el sur de la ciudad, ella, a más de hablar en cantón con Wu, miraba a Esteban desde el asiento trasero queriendo adivinar cómo era el amigo americano de su padre. La verdad es que él y Wu en un auto eran una cosa extraña como El Quijote y Sancho, Belano y Lima, Thelma y Louise o el Astrólogo y Erdosain, aunque le costaría decir cuál de los dos era cada uno.

Esteban la miraba a Xia leer por el espejo retrovisor. Miraba su edad joven, lejana como su país, aunque ningún sitio estaba fuera de su camino y China tampoco, porque como dice Mo Yan, “todas las palabras que escribo no me pertenecen, salen de la boca de otros y uso el pasado para contar el presente”. Si ustedes conocieran a Wu, y ahora a su hija, sabrían que ellos son muy intensos, pero parecen no demostrarlo como nosotros, los latinos. En el auto no se hablaban, no se hacían preguntas ni sonrisas ni caricias, y por lo que sabíamos, hacía cinco años que no se veían. Esteban ya tenía trato con Wu y convivía con ese pudor, esa sonrisa leve y la reticencia a los gestos ampulosos o físicos, pero hay que acostumbrarse al Satori, y saber que no es desapego sino una forma de vivir como si todo fuera inminencia, presente puro, y más aún, como si cada gesto fuese una revelación.

Esteban le preguntó a Xia si hablaba inglés y ella dijo: “Yes, I understand”, pero enseguida se tiró de cabeza en el libro que tenía entre manos y él se quedó con los tres idiomas balbuceando. Ya estaban por la Circunvalación cuando él la miró sorprendido: seguía leyendo, no había dejado de leer siquiera después de ver a su padre y de viajar 25 mil kilómetros y tres días. Cuando volvió a mirar al asiento trasero, sin decir palabra, ella le mostró la tapa: era *Grandes pechos, amplias caderas*, de Mo Yan, el Nóbel 2012. Hubiera querido preguntarle (sólo para entrar en conversación), si ella pensaba, como dice la crítica, que Mo Yan escribe como Faulkner, para luego, preguntarle lo

que de verdad quería saber: si esa belleza simple y transparente de su piel de jade, y esas pestañas como persianas del templo Yonghe, eran suyas o de una princesa oriental de la Dinastía Xia (resplandor del amanecer), o de una Xerexiade de *Las mil y una noches*, o de una estampa de la Dinastía Zhou, o de la chinita que volvió loco a Hervé de Joncour en *Seda*, de Baricco.

Nancy (la dueña del chino, que era otra hija o sobrina de Wu, todavía no sabemos), le había dicho a Esteban que Xia era profesora de historia, y después, algo atravesada, en un cantonés argento, él había escuchado la voz “antropóloga o antropófaga”. Nancy dijo que Xia le iba a gustar, porque aunque Esteban se enamorara fácilmente (volaban los chismes en Tablada), ella estaba siempre leyendo, igual que él. Pero en el viaje, Esteban sintió que Xia le miraba la nuca y se preguntaba si él leería, si acaso no sería otro de esos hombres que rugen con partidos de fútbol y solo tienen WhatsApp para compartir pornografía. En un momento, ella hizo una cara de “qué bruto”, cuando Esteban dijo algún brulote a otro conductor en una esquina.

Después se volvió a hacer ese silencio donde ellos hablaban sin palabras, esa especie ensimismada o sobreentendida de los chinos, y apenas hubo miradas por encima del libro, una vuelta de página, o de Wu mirando a su hija por el espejo retrovisor. En un momento, Esteban dobló hacia el río para que el viaje se hiciera un paseo y decidió poner música. En un MP3 que alguien había olvidado en el auto, estaba todo Spinetta y sonó *Té para tres*. Después Xia pidió repetir *Alma de diamante*. Cuando llegaron al Parque Urquiza, Esteban recordó que una noche de verano, en los camarines del anfiteatro, con Fabricio Simeoni, habían conocido al Flaco, y el Rengo le había regalado *Agua Virgen* y estuvieron hablando un rato con Luis que, a propósito, tenía mucho de chino, de pudor, de pureza implícita, de inminencia y de Satori.

Entonces Esteban pensó un deseo infantil, al principio no lo dijo, pero imaginó que a los 16, sin saberlo, en distintas edades y pueblos, en mundos separados como jardines de Borges o de Hawking, Xia y él, los dos, habrían escuchado las mismas canciones de Spinetta. Esa cosa de extrañarse antes de conocerse: *Muchacha ojos de papel*, *Tu nombre sobre mi nombre* o que quizá el suyo, Xia, significara *Ludmila*. Y aunque fueran adultos, le gustó imaginar que algunas noches, ya lejos, en distintos mundos, en China y en Rosario, en el futuro y en el olvido, los dos escucharían al mismo tiempo *Seguir viviendo sin tu amor*, aunque no sabrían bien porqué.

En la bajada de Pellegrini, Wu le dijo a Xia que Esteban escribía. Wu dijo: “zuójiá (escritor 作家)”, y por unas señas de empujar su carro de repositor y

los cartones del superchino, le pareció que le dijo que Esteban estaba escribiendo su historia, la de él. Entonces ella hizo ese resplandor del amanecer que significa su nombre, Xia, esa sonrisa de heroína exhausta de Mo Yan y la expresión de asombro de Esteban le debe haber parecido linda o buena, porque ella dijo “hépíng (paz 和平)”, que para los chinos es un sustantivo más importante que amor: paz. Paz, y una sonrisa, la del resplandor del amanecer, fugitiva como ella.

Y luego pasaron dos semanas desde que Xia estaba de visita en Tablada, en el súper de calle Ayolas, cuando Esteban (que finalmente era un escritor de la ciudad, conocido incluso en algunas zonas del centro de Rosario), que ya la había visto muchas veces sentada al lado de su tía, Nancy, en la línea de cajas del chino, leyendo los libros de Mo Yan, casi siempre con un auricular en los oídos, escuchando a Faye Wong del celular, solo por hablar o iniciar el contacto, le preguntó qué estaba escuchando. Ella sonrió con ese resplandor que significaba su nombre (Xia) y en lugar de contestarle, le dio los auriculares para que él mismo escuchara.

– ¿What is?

– Faye Wong, Eyes on me, ¿has you seen Chunking Express...?

Ese día, por fin, un viernes a la tarde, después de ponerle ella su mercadería de hombre solo en el bolso ecológico (atún, nueces, Match 3, Dadá Malbec), Xia le pidió que la acompañara al centro para ver las librerías de la ciudad. Y como él era un escritor conocido en el centro, se sintió feliz y eligió Homo Sapiens, Oliva, El juguete rabioso y La Técnica, pero allí no había muchos libros en inglés, entonces fueron a Stratford, en la calle Entre Ríos, y ella compró algunos clásicos que no tenía en Beijing, *The catcher on the rye*, *The Sportwriter* y *The Moons of Jupiter*, Salinger, Ford y Munro, y como a él le quedaba esa tara futbolera y barrial de la infancia, comparó mentalmente a esos tres escritores con un mediocampo célebre: Pelé, Carlovich y Maradona, pero no lo dijo, para no romper el Satori.

Cuando ella ya estaba pagando, tomó de un costado de la caja, una edición Penguin de *Hamlet* y se la regaló. Algo de reciprocidad, dijo Xia, porque cuando habían estado en Oliva, él le había regalado un “*Borges Esencial*”, aunque ella no leyera español, con la esperanza de que quizá algún día Wu lo aprendiera, o ella, y mientras se quedara en Rosario, sería otro motivo de charla, con alguna pregunta sobre *Ficciones* o *El Aleph*, aunque los cuentos no son canciones, pero pueden ser un lazo o un cimbel.

Más tarde tomaron un café en La Sede y ella le preguntó cómo hacía él

para leer y escribir tanto. Esteban le dijo que era como preguntarle a un neurocirujano cómo podía operar durante ocho horas una cabeza. Y hacerlo otra vez mañana y pasado. Él sólo agregó un mohín de suficiencia, pero no pretencioso sino más bien de asombro por la pregunta, no por la respuesta. Iba a agregar lo de la respiración, pero ya se aburría asimismo de escucharse diciendo que leer y escribir era su elemento, su agua, su Zen.

Cuando Xia subió al baño, pidieron otras dos jarritas de café, y él agregó una medialuna salada y se puso a buscar la página 573 del *“Borges Esencial”*, el ensayo de Jorge Panesi donde indaga sobre los malos entendidos argentinos con Borges, sobre todo, con el peronismo. Al dar vuelta la página 573 algo reverberó entre la hoja del libro, el cristal de la ventana sobre calle Entre Ríos y la espiga lacónica de Xia que descendía por la escalera de hierro. El resplandor lo sobrecogió desde la pollera liviana de seda de ella, como si la siguiera el fluir del agua que habría tocado en la pileta al lavarse las manos, como un brillo del cuerpo de los peces a través de la transparencia de la luz cenital del mediodía y la intermitencia de la piel blanquísima, de los muslos finos, y una puntilla que semejava la enagua y un rayo de sol que justo atravesó el vidrio, impactando en los ojos de él y en la página 573 del libro de Xia, de Borges, de Panesi.

—¿Esto es una cita? —preguntó ella.

—Claro —dijo él—, la primera: 573... No te olvides de esta página.

Y a la pregunta anterior de ella (pensó Xia), él estaba leyendo y escribiendo en su primera cita, como ella después de viajar 25 mil kilómetros y tres días, y los dos pensaron que eran un número impar: el número de una pieza de hotel, 573, o de la sala del hospital de un operado de la cabeza, todas esas cifras eternas que tanto le gustaban a Borges.

8 de agosto de 2018.

El amor de los otros

Javier Núñez

UNO

En algún momento de mi adolescencia encontré un libro con una dedicatoria amorosa de mi padre hacia mi madre. Para entonces hacía más de una década que se habían divorciado y llevaban tanto tiempo de hostilidades que el descubrimiento supuso una revelación lógica pero que, en ese momento, me resultó sorpresiva: que alguna vez habían creído quererse. No recuerdo qué decía la dedicatoria del libro. Sé que era *20 poemas de amor y una canción desesperada* de Pablo Neruda, que la dedicatoria era cálida y amorosa y que la caligrafía de mi padre en la primera hoja era reconocible. Supongo que, de algún modo, la guerra fría permanente y algunas escaramuzas a las que asistíamos los hijos —con dolores y rencores y desconciertos— habían suspendido una revelación temprana y habitual que tiene que ver con la asimilación del afecto entre los padres. Esa muestra extemporánea, en cambio, tuvo un primer efecto de mediana extrañeza, como de algo razonable pero fuera de lugar. Como cuando uno descubre una faceta antigua e insospechada en alguien que conoce bien: una pareja de clara inclinación intelectual que revela un pasado de éxitos deportivos; el gerente que supo tener una banda de rock; el compañero de oficina que se pasa las noches escribiendo y un día se te aparece, de golpe, en una nota en el diario o en la solapa de un libro. Así que jugabas al vóley; no me digas que tocás la guitarra; nunca me imaginé que escribías. Así que un día creyeron que se querían.

Así lo pensé en aquel momento —que habían creído—, con la convicción adolescente de que mis padres no tenían idea de nada y mucho menos del amor. O, por lo menos, no tanto como yo que ya creía saberlo todo: si abrí ese libro era seguramente porque estaba enamorado de alguna chica y que mi amor sí sería para siempre. Una chica que, por supuesto, ahora no recuerdo porque no sabía una mierda ni del amor ni de la vida ni de prácticamente nada.

Eso aprendí una noche cualquiera, buscando libros en una biblioteca ajena. O creí aprender. Tiendo a pensar que lo único que aprendí de verdad es a dudar de casi todas mis certezas.

DOS

Una amiga me cuenta una experiencia similar. Los padres también se habían divorciado hacía tiempo y un día encontró, entre algunas cosas viejas, las cartas de amor que el padre escribía desde Roma, a donde había tenido que trasladarse por un tiempo. Eran cartas de enamorado, de amor romántico clásico, de los dos que hacen uno y todo eso. Supo así, dice, que alguna vez se habían querido.

Ella supo que alguna vez. Yo descubrí que habían creído. En algún momento pensábamos algo. En algún momento, vida mediante, empezamos a pensarlo de otro modo.

¿Qué hacemos, los hijos, con el fracaso amoroso de los padres cuando vamos armando nuestra educación sentimental? ¿Qué hacemos, los padres, con nuestro fracaso amoroso cuando los hijos van armando la suya?

¿Qué huellas extemporáneas habré dejado yo para que pisen o esquiven?

TRES

Cierta vez usé el episodio de la dedicatoria en un cuento. Fue mucho después. En el cuento, los personajes pasean por el Malá Strana, en Praga. Subiendo hacia el castillo se encuentran con la calle Nerudova. Ella, que es de ahí, dice que la calle se llama así por el escritor checo Jan Neruda y le pregunta a él si lo conoce. Él dice que no, pero recuerda que ciertas teorías sostienen que su nombre le había dado origen al seudónimo de Pablo Neruda. Cuando ella pregunta por la poesía del chileno, el personaje dice que tiene un recuerdo triste de la poesía de Neruda. Y cuenta mi hallazgo del libro en la biblioteca y el descubrimiento de la dedicatoria, como si fuera una experiencia de él. Neruda me recuerda eso, dice. Que el amor también tiene fecha de vencimiento.

A lo mejor yo estaba en plena crisis matrimonial por ese entonces y ante este personaje que venía de una separación, ajusté la lectura del episodio a la forma que quería darle. Pero no estoy seguro de que sea así.

A veces creo que modifiqué un recuerdo mío para dárselo a un personaje y lo perdí para siempre. Y que lo que hoy me queda es, a cambio, el recuerdo ficcional, reconstruido, de ese personaje.

CUATRO

Hace poco alguien preguntó, en un grupo, si conservábamos los libros dedicados que correspondían a relaciones que se habían terminado. Tengo un ejemplar de *La conjura de los necios* con una dedicatoria que es una cita sobre la locura y a la vez una declaración de amor. O de tolerancia. O de agradecimiento. A lo mejor la relación se terminó también por eso. Porque nos queríamos, pero, a veces como en este caso, no sabíamos bien de qué hablaba el otro.

Me pregunto si alguien leerá esa dedicatoria alguna vez. Si sabrá quiénes fuimos. Cuándo fuimos. Si esas palabras dirán algo para alguien más.

CINCO

Y mientras busco algo para escribir y no aparece y reviso la biblioteca para distraerme, abro un viejo ejemplar de *Carta abierta a Buenos Aires violento* de Eduardo Gudiño Kieffer. Me pregunto de dónde salió este libro, por qué lo tengo en mi biblioteca. Las hojas están amarillentas y algo rígidas. Tiene anotados, con birome, los nombres completos de mis padres en la primera página. Y veo que en la página de la dedicatoria, debajo de la del autor —“A mi amiga Marta Molina Gowland de Posse”— está añadida a mano una para mi madre. Mis viejos debían tener 16, 17 años. La letra parece de otro: todavía no era la que hoy reconozco como la letra de mi padre. Y como pasaron más de veinte años entre el hallazgo de los *Veinte poemas...* de Neruda y la *Carta abierta...* de Gudiño Kieffer, la sensación es otra por completo diferente. Hace tanto tiempo que pasé la barrera de la edad que tenían mis padres —o el rango de edades que tuvieron— cuando todavía eran ese plural que podía contenerlos en conjunto, que pensarlos así, ya ni siquiera como pareja parental sino como su anteproyecto o su esbozo, es como verlos desde una completa ajenidad. Ya no me pregunto por el amor o su duración, no me pregunto por las convicciones del amor, si se querían o creían quererse. Solamente sonrío ante la imagen de esos chicos que antecedieron a mis padres y que ahora me resultan tan lejanos.

De modo que leo unas páginas de pie, y después otras más, pasando las páginas como si esa historia contuviera en secreto también la historia de otros. Y cuando me doy cuenta, estoy haciendo la cena con el libro abierto. Incluso subrayo algún pasaje como se subraya siempre: con la íntima sospecha de que, en algún lugar, eso también habla de mí.

25 de octubre de 2018.

El amor detrás del nombre

Rosana Guardalá

*la orilla del río/ un niño solo/ con su perro.
A la orilla del río/ dos soledades/ tímidas/ que se abrazan.*
Juan. L. Ortiz

Entre una loma que nacía de otra, como en la cima de una pequeña colina, había un cartel: Bar. Cerveza. Pan casero. Refrescos. Una casa mínima, ahora dos espacios que habían sido uno, ahora se dividía en dos. Una posible diferencia entre lo familiar y lo público. Pronto descubriría que esa distinción era algo que yo traía, desde el otro lado del río, de un modo de existencia en el que la vida pasa por las horas que marca la temperatura del sol.

Se estaba haciendo el mediodía. Si bien se habían cruzado en otro momento de la vida, sentían que se estaban conociendo. Este era el primer día que pasaban más de cuatro horas fuera de algún departamento. No había plan claro. Todos los planes eran el plan. Pasaron de largo el lugar. Dieron marcha atrás. Él le dijo que la invitaba a tomar una cerveza a ese bar. A ella le pareció casi una aventura. Estacionaron el auto a un costado, mientras una nena gritaba “Abuela, llegó gente”. Subieron la escalera de cemento delgada que llevaba hasta el destino. Desde abajo, se veía una cortina de plástico, un oleaje liviano entraba y salía marcando la puerta de la despensa. Se adentrarían en la espuma del mar. Se meterían debajo de la ola para sacar la cabeza cuando la espuma bordara la orilla.

Afuera de la despensa había una sola silla de metal tapizada con una cuerina agrietada. Ella recordó a su abuelo sentado en la puerta de la casa de su madre viendo pasar a los vecinos. Salió una señora de la casa de al lado, les dio la bienvenida y le preguntó qué estaban buscando, también si eran de por ahí (pero sabiendo que no lo eran) y si tenían hijos. Todas las preguntas en la misma línea temporal, sin orden de jerarquía ni de confianza. La privacidad no era una opción, el silencio tampoco. Habían aceptado la aventura. La señora le preguntó si iban a llevar una o dos latas. Él dijo una, ella

dos. La señora sonrió y sacó dos. Les cobró y les preguntó si querían sentarse afuera a tomarlas.

Mandó a su nieta más grande a buscar dos sillas. Las trajo corriendo y las acomodó en ronda. Ninguna de las tres era igual a la otra. Desde donde estaban se veía pastar al sol un caballo blanco. El resto eran colinas, colinas. Recordó “Hay colinas” y dejó de recitarlo internamente cuando él le preguntó a la dueña del lugar cómo se llamaba. “Paula”.

Los nombres no existen antes de las personas y las personas nacen con los nombres, o los nombres con las personas, pensó pero no lo dijo. Tomó otro sorbo de cerveza y acomodó la mitad del cuerpo a la sombra, como queriendo equilibrar el sol que ya se hacía sentir. Recordó que su mamá había pensado en llamarla Paula pero que no lo había hecho porque había sido la hija de una vecina, una niña hermosa, que había enfermado y muerto. Su madre temía que la muerte tuviera cierta debilidad por algunos nombres.

Paula, la dueña de la despensa, había tenido un marido que había sido pescador. Les contaba cómo iba y pescaba y cazaba. “Se iba días y traía comida y bichos para vender. Así hicimos esta casa. A él le gustaba irse y se quedaba varios días. Pero siempre volvía a casa. Un día enfermó y el Señor quiso que se fuera con él”. Paula no había vuelto a amar a otro hombre, dijo. Ahora vivía con su hija, que la ayudaba en la despensa, y sus nietas. Tenía otros hijos e hijas en diferentes ciudades de la Argentina. Pero ella viajaba poco. “Todos vuelven a casa alguna vez”. Les preguntó si tenían hermanos, hermanas. Paula dijo que la hija que la ayudaba se llamaba Carolina y la mamá de las chicas, que ahora no estaba, Romina. Los nombres de las hijas de Paula se repetían en los nombres de las hermanas de las chicas. La cerveza se había terminado. De la casa salía la voz de una adolescente que decía “Si no me acuerdo, no pasó, no pasó”. Ella y él sonrieron. Todo a su alrededor estaba cubierto de un sol sofocante que despuntaba ternura en la lengua de estas mujeres. La niña más pequeña se acercó a la chica y le regaló unas flores de plástico que ella se puso inmediatamente en el pelo. Una ofrenda amorosa en medio de los campos silenciados después de la cosecha. Saludaron a Paula y quedaron en que pasarían alguna otra vez a comprar pan case-ro. Subieron al auto. Ella le contó que su madre había pensado en llamarla Paula pero que no lo había hecho. Él sonrió y le dijo: El amor detrás del nombre es lo que realmente me importa.

15 de mayo de 2019

El macartista bueno

Javier Chiabrando

Se ha ido gestando a través de los años algo que he bautizado macartismo bueno. Está ejercido por nosotros mismos, nuestros socios y compañeros de luchas cotidianas. Y el objetivo somos también nosotros, socios y compañeros. Los ateos *macartean* a los creyentes y los creyentes a los ateos, los peronistas de Perón a los de Néstor, los menos zurdos a los más. Los pro-vida a los defensores del aborto libre y los defensores del idioma inclusivo a los que les parece una tontería. O al revés, es lo mismo. Y todo bajo un aura de superioridad moral, de bondad, de verdadero, de justo, en oposición al otro, al macartismo verdadero, al malo. Quizá sea una respuesta al cansancio de haber sido *macarteados* históricamente por hippies, negros, progres, zurdos, vagos, planeros, peronchos, sindicalistas, arribistas, muertos de hambre... Pero si fuera una venganza, o ganas de sacarse la bronca, lo entendería, porque la venganza es pasional.

El macartismo bueno es más complicado de entender. Es hacer lo que te hicieron, pero con fundamentos opuestos, como si eso garantizara algo. Y no me estoy refiriendo a tener diferencias de gustos con alguien. Eso es sano, lógico y constructivo. Me refiero a acusar, insultar, castigar, juzgar, estigmatizar y desacreditar al otro, al vecino, amigo, primo, hermano, simplemente porque no defiende lo que defendemos.

No me hago el superado, vea. Pero si uno tiene razones para creer una cosa (sobre lo que sea, desde al aborto hasta afinidades de fútbol), el que piensa lo contrario tendrá también sus motivos, muchas veces avalado por libros y pensadores importantes, o por una tradición. No todos lo hacen de ultramontanos y obtusos. Creen en lo que creen, simplemente.

Es cierto que el macartismo “malo” es más feroz: si puede te mete en cana o te mata. Mientras que el de “los buenos” no parece tener ese fin ni el poder para hacerlo. Por suerte. Pero no hay que descuidarse, porque el *macartista* bueno se puede volver un represor bueno, el que lo hace en nombre de las buenas causas. ¿O esto ya pasó y yo lo olvidé? Represor bueno sería, por ejem-

plo, que algún estado progresista o de izquierda o revolucionario cierre una revista o mande artistas al exilio (o a Siberia) en nombre de una buena causa, de esas que uno defiende desde siempre. Pero seguramente esto nunca pasó y yo estoy equivocado, ¿no?

Y esto no se ejerce sólo en nombre de gobiernos, procesos y estados. Diría que se ejerce más a nivel individual. *Macarteamos* al otro por abortista, por antiabortista, por gorila, facho, trosko, todo a la ligera, apurados, como si no importara. Personas que marchan codo a codo en defensa del gobierno nacional y popular se *macartean* entre sí cuando el tema es el aborto. Hay más. Impresiona ver con qué facilidad te *macartean* con la palabra machista. Basta criticar el rol profesional de una mujer para ser atacado. Y a veces no hay ni siquiera que opinar. En mi presencia, una importante dirigente nuestra *macarteo* a un compañero de trayectoria impecable por ser parte del “patriarcado en retirada”. ¿Por qué?

Ya ni el humor sirve para esquivar esta nueva moralidad. El otro día compartí un chiste de un tierno elefantito y me tildaron de machista. Puse en una nota la palabra puto en modo insulto de barrio y alguien me recordó que “estigmatiza los nuevos paradigmas sexuales... bla, bla, bla”. Dije que no me gustaba el trabajo de una periodista y me pidieron explicaciones. ¡Explicaciones! El *macartista* bueno se cree con derecho a pedirte explicaciones en nombre de una causa que considera pura, angelical. Supongo que las buenas intenciones son una mala consejera, justamente porque se esgrimen en nombre de la bondad.

Y sin darnos cuenta, caemos en el mismo juego que sufrimos cuando nos negaban un trabajo por tener el pelo largo o estar afiliado al PC.

¿Maltratamos al que está cerca ideológicamente –por muchas diferencias que haya, se entiende– por la imposibilidad de acercarnos al verdadero mal? Se han reemplazado las luchas por los derechos civiles e individuales por rencillas entre pares por cuestiones de sintaxis, de gustos, de matices y de modas. ¿Qué tan lejos estamos de borrar la cara de alguien en una foto histórica, como Stalin hizo con Trotsky, si hay gente que opina que Lolita debía leerse congreso mediante y no según el libre albedrío de cada uno? No bromeo: hay libros que son retirados de las bibliotecas para defendernos del peligro de leerlos y volvernos malos y violadores.

¿Qué tan lejos estamos de que alguien sugiera (u ordene) borrar del corpus colectivo las películas de Woody Allen o Polanski (y no hace falta que me digan que Polanski debe ir preso), si hay gente reescribiendo la historia para de-

cinros que tal película ya no debe entenderse como queremos sino de la forma que los nuevos paradigmas exigen?

Y mientras nos castigamos por motivos a veces muy difíciles de identificar, el enemigo sigue su camino hacia la victoria. Parte de esa victoria es que han desaparecido de nuestra mira (y de nuestro vocabulario), conceptos como multinacionales, oligopolios, bancos, FMI, capitalismo, lucha de clases, hambre, exilio, distribución de la riqueza, etc.

Incluso habría que revisar el concepto “gorila”, que define sin definir y sin posibilidad de réplica del *macartismo* de turno. Muchos de esos “gorilas” están con nosotros y además los necesitamos. Y no se crean que yo soy de esos que andan predicando que el amor vence y esas tonterías de almanaque. Me encantaría vengarme de los que nos sacaron las cosas una y diez veces. Pero este macartismo bueno se ejerce entre nosotros, o sea que no sirve ni para vengarse.

Si una de las definiciones de macartismo es “conjunto de acciones emprendidas contra un grupo de personas por sus ideas políticas y sociales”, ¿en qué se diferencia el malo del bueno? Hay que callar a ese censor, don/ña. Eso me incluye. Y además, habiendo tantos hijos de puta en la tierra, ¿usted me viene censurar a mí o yo a usted?

8 marzo de 2020

Un bandoneón para las pestes

Adrián Abonizio

La tentación de evocar *Garúa* mientras circulo sin permiso hacia el confín de los mares donde las tortugas sostienen al mundo besándose con dos elefantes parece irremediable. Tarde o temprano el tango te hace sucumbir y te adentra en lo más hórrido y hermoso de la condición que somos: criminales que esperan desarrollarse como las cigarras bajo tierra hasta explotar un día, trastornados felices, borrachines en cuotas, misteriosos canallas potenciados por el mal de copiarse modas, guerras, violaciones, poemas, armas, arte. Todo en una bolsa siniestra que regalamos a nuestros niños en Navidad.

Parece 24 de diciembre afuera: dejaron las luces encendidas del Parque y hay guirnaldas lumínicas sobre los árboles, pero todo envuelto en una garúa que atenúa el paisaje hasta borrarlo no definitivamente, pero que deja en los ojos un aura empañada. Las modelos desde los afiches están sonrientes: son del otro mundo, del de antes, cuando nos besábamos y tocábamos los picaportes de las casas sin miedo a morir con los pulmones resquebrajándose.

“Así quedan”, grafica un médico mostrándome por guasap una bolsa de nylon estrujada para infligirme pesadillas. Se hace el amigo, pero la inquina por haber conocido a su mujer antes que él hace que me quiera fracturar la fe en mi fe de no tener miedo a morir. Le mando una foto de joven, abrazado a ella, bailando en una fiesta junto a él. Silbo *Soledad* o *El día que me quieras* para alejar la mufa. Borro su envío de un diablito sonriente.

A nadie importan ya las disputas, ni la filosofía ni los cuernos o lo que haga o deje de hacer la Tierra en sus giros: mis acreedores y deudores están empatados y empantanados en un partido perdido para todos. Otra vez el Conejo de Hule con Cara de Luna ha salido de su madriguera y se me planta para que lo recoja.

–Subí que te llevo –me dice cuando ingresa al auto. Una peli de Carreras sensacional era esa. Con Sandro y unas minas que ya se murieron todas.

–Buen día –le recrimino por su ausencia de saludo.

–Ah, pibe ¿te pusiste la gorra?

No hay saludos, ni tres ni cuatro: sólo es desolación, muerte y esperanza.

—¿Te gusta la mezcla? Es como maridar alcoholes diferentes: terminás en pedo y no podés escribir ni una letra buena de tango.

—¿O sí? —interroga—. Yo estoy mirando lejos, sobre el Laguito. “¿Ves lo que yo veo?”, le digo señalando con el dedo.

—Sí, sale de vez en cuando. La sombra o figura o espectro de humo aparece como una nube que se aposenta entre la isla y la orilla.

—Adivina adivinador —dice intrigante el Conejo de Hule con Cara de Luna silbando por lo bajo divertido. Enciende un join. Ahora llueve demasiado como para seguir. Detengo el Corsa.

—¿Qué carajos es eso? Me golpea con su patita marrón.

—Más respeto, che, esperá y vas a ver que no es ningún carajo.

Se acerca al tablero y pone sus dos garritas cruzadas, como orando. El agua despide un vapor y se empieza a oír un ¡bandoneón!... Silencio de un codazo al Conejo que empieza a rezar y bajo la ventanilla: un Troilo gigantesco hecho de humo, vapor del cielo, sentado en una silla blanca toca *Garúa*. Es de las formas inusuales de una nube, pero vaporosa y casi transparente, como de neblina, y es auténticamente el Gordo con su fuelle.

—Ya nada es lo que es ni lo que será... Ya nada importa y todo es distinto y mejor o peor pero amplio como una gama de pigmentos interminables —el Conejo murmura mirando alternadamente a mí y a la silueta. Me echa el humo. Busco en la guantera el samsung para eternizar el momento. Un manotazo conejil me redime.

—No sea chambón, hombre. No sale en las fotos y además es como querer tener un pedazo de los clavos de Cristo, los ojos de Tutankamón, los dedos de Tizziano, la púa de Hendricks, las tetas de la Gioconda —escucho al Conejo como si me murmurase algo desde dentro de un tubo. He caído en un letargo que me impide mantener los ojos abiertos.

Es para que no veas ni recuerdes, ni sientas nada, como si fuese el sueño de un sueño. Me sopla con su aroma. Duerme pequeño idiota, duérmete con el último acorde de *Garúa* que el mañana será para bien o para mal pero no esto horrible y previsible.

Circo Beat, Circovid 19, que veinte años no es mañana y febril la mirada errante en la sombra te fuiste un día María para no volver. Misheta, Niní, Malena, el amor es algo tan poderoso que sólo lo puedes dejar cuando mueres, pequeño saltamontes, ahora te dejo un beso en cada mejilla para que despiertes en tu camita y sea la gotera quien te llame, no este último acorde final tan

triste como era el Gordo, fúnebre y feliz con la dosis de la vacuna para el corona que ha desarrollado sin saberlo con cada abrir y cerrar de su bandoneón espectral, levántate despacio ahora pequeño hombre idiota cavernícola ilustrado, proveedor de palabras para los diarios y las canciones, empeinado en encontrar algo en las oraciones que no sirven para mucho, arrepentido de vivir con el mote de escritor indispensable, empujado a seguir a pesar de estas guerras invisibles, donde te creés eterno y protegido porque, claro, Troilo ha salido desde el fondo de las aguas tocando *Garúa* con la cura de todos los males y los estornudos, y te habrá de dejar en tu mesita de luz un clavel que nunca se habrá de secar por los siglos de los siglos amén. Y recién ahí, cuando despiertes, podrás escribir el mejor y último poema de un hombre que sabe que puede morir y no le importa, porque el Gordo querido con un soplo de su fueye ha espantado todos los males de este mundo.

10 de mayo de 2020

El asado del vestido

Romina Tamburello

MERCADO LIBRE. SECCIÓN SUBASTAS

“Vestido de novia se subasta. Queremos vender este vestido de novia para hacernos un asado con lo recaudado. No lo regalamos, por lo menos nos tiene que alcanzar para unos choris. El que da más –puede ser la carne directamente– se lo lleva. Aclaramos: no es mufa. Les fue bien a ellos, él se fue a recorrer el mundo, ella cree que es una Marta Minujín del teatro.”

Habían pasado quince años de mi casamiento, diez de la separación y un mes desde que les dije a mis amigos que si lograba venderlo les pagaba un asado.

Fueron ellos los que se pusieron la cosa al hombro, como un mandato, una prueba de amistad, o simplemente, porque son de esas personas cuyo único faro es hacerse los graciosos.

La Nación levantó el anuncio y los demás medios se sumaron.

Fuimos famosos por tres días.

Corte sirena, color manteca, un forro de puntillas y canutillos que se me clavaron en la piel toda la fiesta. Había resistido estoico tres mudanzas, guardado adentro de una de esas bolsas que se usan para los trajes pero que bien podrían guardar muertos. La abrí y el aroma a tintorería me atacó. Me lo probé. Me quedaba ajustado, los canutillos de las mangas seguían pinchando como aquella noche, los botones ya no cerraban ¿Cómo hice para bailar tantas horas acá adentro?

Salí al palier de mi edificio y di la primera nota.

–¿Terminó mal la relación? –fue la primera pregunta de la periodista.

No sé ¿Algo termina bien alguna vez? Uno dejó de esforzarse, el otro se alejó. Cambiamos tanto juntos que ya no queríamos estar juntos. Lo pensé pero no lo dije, contesté otra cosa.

La entrevista siguió, las repetidoras de Telefé y Canal Trece lo masifica-

ron por todo el país. Uno de los diarios de mi ciudad le dedicó una página entera. En todas me pidieron que no hable de la Macrisis, que no politice la cosa ¿La cosa era política, entonces?

Me metí adentro del vestido y hablé de la que era cuando el faro era estar juntos para siempre, demorar la maternidad lo más que se pueda y viajar una vez al año. La memoria me jugaba pasadas extrañas, él y yo nos íbamos velando, como esas fotos de mi infancia. No había recuerdos tristes ni felices, no había melancolía, nosotros éramos una casa lejos.

La patriada desató una reacción inesperada: “Vaca asquerosa, podés vender el vestido pero el divorcio te va a seguir por siempre”. “Esta gorda ridícula ¿qué quiere? ¿prensa?, ni para el Bailando sirve”. “¿Por qué no le dan el espacio a noticias que importan?”. Los haters se multiplicaban. Al principio me reí, después me asusté. “Yo también me separé. Voy a vender mi vestido, el casamiento es una mierda”, hasta los que me apoyaban tenían odio para repartir. Mi amiga, la que subió el anuncio, fue denunciada en Mercado Libre. La obligaron a desertar de la aplicación, tenía una bicicleta y dos ollas Essen a la venta. Se las bajaron.

—No se desanimen, lo vamos a vender igual —dijo.

Me obsesioné: el vestido se vende sí o sí. Dije que sí a todas las notas que me propusieron. Al segundo día ya me habían entrevistado TN y la TV Pública, lo nuestro era una pavada sin bandera partidaria.

Mi novio de ahora asistía al circo como un testigo obligado. No opinaba, pero su silencio hablaba: ¿Estará enamorada de su ex? ¿Es tarada? Recién empezábamos a salir y el enamoramiento maceraba su vergüenza ajena que, por ósmosis, se volvía propia.

—¿Para qué te exponés a esto? —me dijo mi amiga, la que tiene la posta en ser felices.

Yo todavía no podía explicarlo, puse de excusa mi profesión y mi defecto más evidente: el ego.

—Hay gente que se rompe en soledad, yo soy actriz, necesito público.

Seguí adelante con la misión, repitiendo lo mismo una y otra vez. Hice notas para Colombia y España, de alguna manera a todo el mundo le parecía un delirio esta venta.

Un domingo a las once de la noche, Teté Coustarot me llamó por teléfono. A trescientos kilómetros su voz dejaba ver esa belleza única que marcó mi adolescencia. Ella fue la que me dijo “¿Sabés lo que me gusta de todo esto? Que no estás enojada”

¡Claro! Teté lo entendió, la lucha era por el asado.

Al tercer día Diego Korol, hombre de los noventa hoy deconstruido, llamó.

–Queremos comprarlo y jugar a la cenicienta. A la mujer que le entre se lo queda –me dijo.

Nunca están tan deconstruidos, siguen creyendo que nos encantan las historias de princesas. En fin, teníamos el asado.

–Bueno, pero queremos también una caja de vinos y un barril de cerveza –exigí.

Un poco enferma de poder, otro poco para que no se terminara esta aventura. Discutimos de marcas y cantidades, antes de ponerle fin a la negociación hicieron su última jugada.

–Queremos llamar a tu ex ¿Tenés el teléfono?

No lo tenía, hacía años que no hablaba con él. Desde que le vendí el hostel que teníamos en Punta del Diablo. Les pasé el número del hostel.

Lo llamaron y no quiso hablar. Entendí el respeto y la solidaridad que hay en el silencio ¿Por qué meterse en nuestra anécdota?

Ellos también entendieron o se dieron por vencidos. En épocas de noticias que vuelan, la nuestra estaba llegando a su fin.

Hicimos la transacción, una amiga rosarina de nacimiento y porteña por elección se cruzó medio Buenos Aires para buscar la plata del asado y entregar el vestido. De paso dio una nota. Ella, una académica que dedica su vida a hablar de las cosas que mueven al mundo, estaba ahí en el programa de radio de un ex Video Match monologando sobre algo que hace años no existía.

15 DE ABRIL DE 2019

El fuego crepita. En la parrilla la más petisa de mis amigas atiza el carbón. Uno de los pibes sala la carne, otro corta el salame. Es de esas noches de calor y humedad donde los rosarinos maldecimos vivir en esta ciudad de mosquitos y baja presión. Llegan más, todos vestidos como mi ex: ese que largó todo y se puso un hostel en la playa. Remeras de Manu Chao, pantalones tailandeses, gorros cubanos. Una se excede y se cuelga su copita menstrual como un dije.

Descorchamos el primer vino de canje, fumamos un porro que nos abre el apetito.

Voraz, como todo eso que de gratis no tuvo nada. Le meto carne, pan y embutido a mi cuerpo como para asegurarme de que ese vestido que ya no es

mío no tenga posibilidad de volver. Las luces de mi faro actual iluminan las sonrisas de mis amigos. El juntos para siempre de ahora no se parece en nada a las palabras pronunciadas por el cura hace quince años.

Llegan los choris y las tiras. Los cadáveres de las botellas se acumulan en la punta de la mesa. No hablamos de él, ni de mí, no reflexionamos sobre el amor ni las pérdidas, no nos preguntamos qué queremos. Cantamos, hacemos imitaciones, nos festejamos este logro mínimo, le agradecemos a Cami, la historiadora porteña, por la movida.

Tomamos. Fumamos. Comemos.

Por unos segundos me abstraigo, los miro desde lejos. En silencio les doy las gracias, aunque no hace falta, cada uno lo hizo por algo.

El tablón se parece al de la última cena, todos los apóstoles estamos disfrazados del tipo del que ya no estoy enamorada. Mis amigos ríen, como si no supieran que me están asistiendo el duelo, toman, fuman y comen, como si no fuera un esfuerzo acompañarme en lo que estoy soltando para siempre. No quiero ser una María Magdalena del litoral, ni ocupar el centro de esta mesa, quiero este olvido, desapercibido, tapado por la anécdota. Mi faro de hoy ya no apunta a un solo lugar.

Son las tres de la mañana, y seguimos ahí, queda una última botella de canje, cruzo una mirada con uno de ellos, le sonrío y pienso: nunca seremos tan jóvenes.

7 de junio de 2020.

La calle

Beatriz Vignoli

 Nos robaron la calle. La calle donde nos encontrábamos por casualidad, la calle donde nos conocíamos. Reemplazamos el azar por el algoritmo. Reemplazamos las veredas por una autopista informática donde nos deslizamos al infinito en medio de la nada.

Nos robaron la calle. Era la calle donde luchábamos. Nos robaron la rebeldía. Nos robaron las pancartas, las marchas, las banderas. Hasta los pañuelos nos robaron. Nos robaron los cacerolazos y los cánticos. La bronca nos robaron, la multitud nos robaron. Nos robaron el humo de las gomas quemadas, que ahora es otro humo, el de los pastos. Nos robaron la isla. Hasta el cafetero nos robaron. Nos robaron la bronca. Nos robaron los muertos. Nos robaron las banderas. Nos robaron las pintadas. Nos robaron la calle, la protesta. Hasta los robos mismos nos robaron. Nos robaron la feria. Le robaron al pueblo la alegría de vender su producción con dignidad.

No podemos quejarnos porque parece que estuviéramos defendiendo los amontonamientos, que enferman. Nos robaron los centros culturales barriales, el arte independiente, los talleres, la merienda de los pibes nos robaron. Pero no podemos quejarnos de la miseria. No podemos quejarnos del encierro. Sólo podemos quejarnos de los que se quejan. La queja es de derecha, la bronca es de derecha, es de fachos salir a protestar.

Nos robaron la calle. La calle que era el espacio donde el pueblo hablaba, andaba, sonreía, gritaba, se expresaba, dejaba palabras pintadas; la calle donde el pueblo se burlaba de los poderosos, o paseaba y se sentía a la par de ellos; la calle donde el pueblo se ganaba la vida, donde la apechugaba, la calle donde el pueblo educaba y la calle donde el pueblo carnavalesaba, murgueaba, festejaba. Nos robaron la calle y el espacio público ya no es más popular. Toda aquella energía es capturada por las figuras de Lichtenberg que dibujan las fibras neuronales de las redes sociales. Toda aquella energía se vuelca en arborescencias hacia su cooptación irreversible por la máquina. La bronca inunda las redes porque si la sacamos hacia afuera y le ponemos el cuerpo vamos a parecer a los otros, a los de la vereda de enfrente, a ellos que nos robaron la rabia. Nos robaron la protesta y es por eso que ya no podemos enojarnos más. Que nos roben el suicidio así no nos matamos. Que nos roben el odio, así

amamos. Nos robaron todo menos nuestros teléfonos celulares porque para que nos los roben tendríamos que estar en la calle que nos robaron. Encerrados con nuestros teléfonos, nos quejamos de los que se juntan en los bares, de los que escriben eulogias a los muertos, nos quejamos de los que se ven con sus familias porque todo eso nos resulta contagioso, suicida, delictivo, peligroso, criminal, ilegal, antigubernamental y no bailable.

Nos robaron el año. Nos robaron el dos, nos robaron el cero, nos robaron el veinte, nos robaron el otoño completo y dos meses de invierno y el final del verano. Pero dicen que los van a devolver, que nos quedemos tranquilos. Lo que no nos van a devolver es la calle. Nos quedamos tranquilos, nos cuidamos, obedecemos al gobierno y no salimos porque nos robaron la desobediencia, que ahora es de los poderosos, de los otros.

Nos robaron los bares, porque sentarse en los bares enferma y también es de los otros, de los mismos que nos robaron la calle. Nos robaron los diarios, que contagian; el alcohol, que ahora sólo es un producto de limpieza más; la carne, que ahora es sinónimo de asesinato y está bien que lo digan pero a eso hay que agregar que nos robaron el domingo, nos robaron la cancha y está bien porque la cancha enferma, porque la cancha contagia. Pero ahora la bronca estalla en los goteos carcelarios de palabras o susurros entramados en las arborescencias eléctricas neuronales de los grupos de Whatsapp. Nos robaron todo menos el teléfono y nos roban las empresas telefónicas en cada factura o deuda o servicio de mala calidad o demorado. Y para quejarnos necesitamos el teléfono, de modo que nos siguen robando.

Nos robaron los puentes. Nos robaron la lluvia. Nos van robando la isla que se quema de a poco y nos roban el río que se evapora en la bajante. Nos robaron la fiesta, que ahora es a distancia y está bien porque de cerca contagia, pero nos robarán el carnaval. “Ojalá estuvieras aquí”. Ojalá que estés leyendo esto en papel. Que lo estés leyendo al lado de un café calentito o con un cigarrillo aromado entre los dedos; que sientas crujir el papel entre tus manos, que huelas la celulosa y por un instante no pienses en los árboles prensados, los pulmones heridos de tabaco, los campesinos mal pagos del cafetal. Porque al teléfono que no hiere ni mata lo fabricaron manos de niñas chinas explotadas, andá sabiéndolo. Porque la Internet que te conecta es un panóptico.

Nos robaron la calle y ahora el mundo es un decorado de The Truman Show; nos robaron la misma realidad, te voy avisando. Nos afanaron, nos chorearon, nos birlaron la pura y dura vida, que ahora es bio sin zoo, sólo Matrix. Nos robaron los cines. Y está bien porque contagia. Pero nos robaron los

hoteles, los aviones, los ceniceros, los viajes y hasta los sueños nos roban para usarlos como documentación histórica de este Trascendente Momento en que No Pasa Más Naranja (excepto la muerte), en que el Acontecer Se Detuvo (excepto el funcionamiento de las tripas, del medidor y los cables).

Pero no te deprimas con esto que te digo. Pensá en los que jugaban al ajedrez en código morse con golpecitos en los caños, un tablero dibujado en el culo del jarro de aluminio y piezas diminutas amasadas con miga de pan, teñidas con mate cocido aguado. Pensá en las que bordaban los nombres de sus hijos con hilos de color entresacados de la trama de la pringosa toalla carcelaria. Pero no digás nada, porque decir dictadura es de los otros, de los que nos robaron la calle. Pensá y no llames, no le hagás el caldo gordo a la industria explotadora de niñitas chinas. Nos robaron, sentíme. Cuchá: nos chorearon la calle, y vamos a tener que inventar otra cosa. Vamos a tener que reinventar el espacio.

Sólo en el espacio es posible el movimiento, y si nos robaron el espacio de la calle vamos a tener que inventar otro. Pero un espacio externo, en común, compartido. No me vengá con la huevá del telefonino que es para la gilada. Vamos a tener que inventar de nuevo los caminos, las líneas de fuga, las redes de contención, los modos de resistencia sin que se entere nadie. La Modernidad que conocíamos está llena de agujeros y la quisieron zurcir y se dio vuelta, se puso del revés. Así que no me lloré, no te me deprimá con todo esto que te digo. No porque me lo llenan de pastillas y me lo desinhiben y se mata, y muertos ya tenemos, muerte es lo que más hay, muertos tenemos como para hacer dulce y el horno crematorio no da abasto. Pero pensá en las cabezas de las niñas negras, en las trenzas que sus madres les hacían dibujando en sus cabezas en secreto los mapas de las líneas de fuga; pensá en los caminos nocturnos de la fuga y su punto de llegada en plena selva: el palenque, el quilombo, inaccesibles al amo blanco y su pesada. Nos robaron todo menos una cosa: la imaginación necesaria para reinventar el espacio, reinventarnos la feria y el carnaval, reinventar la protesta, reinventar la lucha, reinventar la cancha y el canto, reinventar la vida, reinventar la calle.

23 de julio de 2020.

El improprio

Víctor Zenobi

A “La morcilla borracha”

 Iser Wolman abandonó la aldea polaca, que originaba su nombre (lo que en Idish se llama un schtitel) arribando al puerto de Rosario, en el Teutonia, sin imaginar siquiera que parte de su familia sería exterminada por gente que descendía de ese nombre. Ayudado por un hermanastro, Mule, logró traer a tres hermanos, a su mujer, Dina, y dos hijas..., dos meses antes de que los alemanes invadieran Polonia. Del resto de su familia solo tuvo noticias esporádicas; a partir del 41 cesaron. Iser empezó vendiendo fatigosamente peines y peinetas por las casas; unos años después logró su propio negocio, donde les enseñaba a los clientes los nombres en idish de la mercadería. Allí se hizo amigo de un tal Roman, que había logrado sobrevivir a Majdanetz. En noches confidentes de czysta compartida, Roman le dio a Iser una foto que ostentaba a un joven oficial alemán disparando a un niño famélico. “Ese alemán se escondió aquí en Rosario, dijo con voz temblorosa, lo sé porque lo vi descender del barco que me trajo; la perplejidad y cierto resabio de terror me paralizaron. Cuando quise reaccionar, había desaparecido tras la barrera que separaba a los inmigrantes del ingreso a la ciudad.

Mi desconocimiento casi total de la lengua fue un verdadero obstáculo. La última visión que tuve de él fue ascendiendo por una de las calles que llevan al centro.

Inicialmente, Iser pensó que Roman, justificado por los graves sucesos que había vivido, imaginaba cosas, pero un empleado de la jefatura que era un buen cliente de su negocio, le confirmó que muchos alemanes que habían participado de la “Endlösung der Judenfrage” se habían establecido en distintas partes del país, cambiando la identidad. A partir de ese momento, quizá por una cierta transferencia con su amigo, Iser se mostró más reservado y cauteloso.

Cuando Roman murió, unos años más tarde, Iser recibió de parte de éste, un pequeño sobre con algunas cartas y fotos de familiares de Roman que éste no había vuelto a ver. Entre ellas, cobraba un valor singular la foto del teniente alemán. Durante un tiempo, cada vez que alguien lo importunaba en

el negocio, Iser tenía la impresión de haberlo visto en las fotos de Roman y se apresuraba a corroborarlo. Unas noches soñó un sueño reiterado, unos clientes que lo trataban con excesiva amabilidad eran conjurados que conspiraban para matarlo.

A instancia de Dina, su mujer, Iser decidió desprenderse del sobre, pero no se resignaba a perderlo así que lo legó a uno de sus nietos, Saúl, a quien le transmitió la historia. Saúl había establecido un próspero video en una populosa calle donde conviven árabes y hebreos. Rápidamente se expandieron y abrieron otras sucursales; en una de ellas, un fin de semana, Saúl sufrió un insulto de un cliente que reclamó por un video. Su dicción fomentaba una clara pronunciación extranjera. En lugar de *El Puente*, de Berlanga, la empleada le dio *El puente*, de Bernard Vicky, ignorando que hay filmes homónimos, como es el caso de las remakes. Saúl poseía la capacidad diplomática suficiente para dejar pasar un insulto, pero esa noche y las siguientes, el improperio “semitas de mierda” entorpeció su dormir. El plural le daba mucho que pensar. El miércoles por la mañana, café mediante, le mostró la foto a su amigo Luis, un renombrado abogado penalista y le contó los pormenores de su historia.

Con cierto pudor dijo que, tal vez absurdamente, los rasgos del hombre del video le recordaron los del joven de la foto. Luis le pidió el nombre y la dirección que figuraban en el fichero de los clientes, José Canciones, y le prometió indagar el prontuario. Una semana más tarde, supo que el hombre había ingresado en el cincuenta, y que su nombre y su apellido alemán Liden, había sido castellanizado, como solía ocurrir en muchos casos. Quizá el empleado de Aduana adaptó el apellido y el nombre, porque el inconsciente lo procesa de forma automática, aun cuando no se tiene ni idea del idioma en que está escrito, quizá el empleado sabía alemán o apeló a un diccionario, pero lo más probable, dadas las circunstancias de la época, es que recibió una orden para llevar a cabo esa adaptación. Esta última proposición era la más consistente y como tal incompleta, pensó en términos lógicos Saúl y decidió contactar a un amigo, de su misma ascendencia, a quien propuso indagar en el tema.

Ricardo Isidoro era un hombre próspero, una profesión rentable y una empresa que había llevado con suma solvencia y que había vendido ventajosamente, le permitían gozar de un buen pasar. Podía darse el lujo de pasar por detective y de paso ceder a su deseo de indagar el misterio de las personas, el mismo que lo impulsaba a sus ininterrumpidas sesiones de psicoanálisis.

De inmediato, se dio a la tarea de vigilar la rutina del cliente, en la cual le pareció que trataba de no hacerse notar. Después de diligentes averiguaciones y apelando a los insuficientes prontuarios de la policía provincial, Ricardo Isidoro viajó a Buenos Aires y habló con un contacto que tenía en la Federal.

Eliezer era un judío alemán muy sagaz y un muy importante empleado del Ministerio de Interior. Acceder a los prontuarios de la policía federal no le fue tan complicado y posibilitó eliminar un resquemor; Josef Lidern era un joven proveniente de la devastada ciudad de Dresden, establecido en Rosario, donde montó un humilde taller metalúrgico en la zona oeste de la ciudad.

Ricardo Isidoro respiró aliviado, convidó a Eliezer a tomar un café para agradecerle la tarea realizada y se extendió en una explicación acerca del motivo de su búsqueda. Al comentar que el apellido en cuestión fue traducido, advirtió un cambio en los gestos de Eliezer. Repentinamente motivado, decidió volver a los ficheros. Ricardo Isidoro no entendió de qué se trataba.

Eliezer reencontró rápidamente la L, pero no se detuvo en Joseph Lidern, siguió una letra más para detenerse en el apellido Liedern, un tal Joseph Liedern. Oficial del ejército prusiano, custodio en el campo de Majdanetz. Súbitamente fonólogo o lingüista, explicó que ambas palabras son homófonas aunque haya una letra de diferencia en la escritura y una diferencia fundamental en el significado. ¡Una sola letra en la escritura, una letra que no se pronuncia, torsiona el sentido y la referencia! repitió sorprendido Ricardo Isidoro, mientras regresaba. Ese descubrimiento, el regocijo de ese descubrimiento minimizaba el del éxito por la investigación lograda. Casi ingenuamente pensó en el arduo trabajo de Champolión y la piedra Roseta, inevitablemente recuperó sus sesiones de análisis. Pensó en Aristóteles explicando su actual regocijo en la Poética. Hacia las nueve de la noche estacionó frente al video, cansado pero ansioso de transmitirle las noticias a su amigo.

Saúl se mostró contradictoriamente complacido del resultado de la búsqueda. Tenía el hábito de quedarse después del cierre clasificando los videos nuevos y solía atender a algún cliente rezagado. Precavido abandonó esa costumbre. El cliente del impropio no regresó, Luis y Ricardo Isidoro vigilaron su casa durante unos días hasta que los vecinos le informaron que la familia Canciones se había mudado, sin decir adónde.

Pasaron algunos años y Saúl se estableció en la patria de sus ancestros, sin poder atenuar la nostalgia incrementada por un tango de Pugliese, los fines de semana en una quinta de Funes y las partidas de truco de La morcilla borracha, el grupo que prodigaba el asado y el vino consuetudinarios.

Hacia el atardecer, recordó unos versos de Rainer Maria Rilke, inscriptos en su tumba, que su amigo Enrico le había recitado. Recordó la palabra Liden y sintió una tristeza impersonal, casi anónima, como si todo lo acontecido emanase de un sueño en el que erraba perdido. Volvió a cerrar sus párpados, deseando revivir el imposible tiempo pasado, revivir un asado con sus amigos y brindar con un lejaim compartido.

5 de marzo de 2021.

Gluten free

Natalia Milocco

 No habría que comer pan. Lo dijo el médico, también lo dijeron en la tele. No habría que comer pan, pero ¿cómo restar ese pedacito al lado del plato? Esa ceremonia en la cual alguien lo toma con las manos y le pone fuerza hacía abajo y hacía afuera, para que por esa línea marcada se separe, se abra y puedan ser dos, o tres, quizás cuatro, todos los que entren en una tira. No habría que comer pan, pero ¿desde dónde sostenerse entonces delante de un par de objetos afiliados, que pinchan y cortan? ¿Cómo soportar la espera de la comida que se retrasa?

Ir a comprar el pan fue mi primer mandado, a pocas cuadras de casa, bien temprano a la mañana, a una le tocaba el pan y a otra la leche, mi hermano era bebé, y los bebés no hacen mandados. Siempre era mejor ir a comprar el pan, porque en el viaje pellizcaba la miga del pedazo superior de la tira que sobresalía de la bolsa de papel madera, iba haciendo un agujerito todo lo que duraba el viaje: dos cuadras.

Nadie quería buscar la leche, porque mi mamá nos enviaba con una olla hasta la casa de la vecina que en algún lado tenía una vaca, y caminar una cuadra con una olla llena de leche, requería un paso de equilibrista. Nunca era suficiente, ni el paso, ni la velocidad, y a casa llegaba con media olla de leche y las puntas de las zapatillas todas mojadas.

Pero no habría que comer pan.

En la casa de esa chica también comían pan, y esa vez se habían olvidado de hacer la compra a primeras horas del día. Quizás la mamá estaba haciendo la comida y le dijo así: “haceme el favor y andá a comprar unos pancitos de la Nilce”, seguro en ese pueblo se llamaba de otra manera; 15 kilómetros más al sur, y las cosas cambian, pero solo un poco. Seguro había un almacén y seguro tenían pan, seguro le fiaban y quizás ese día también salió con la libreta para que se lo anotaran.

Ese día, a la misma hora que yo salía de la escuela y caminaba dos cuadras hasta mi casa, con la pollera gris, las medias azules hasta las rodillas, y una camisa celeste con un moñito rojo en el cuello; a la misma hora que yo caminaba sintiendo el calor de las 12 y el bibliorato muy pesado debajo del brazo, a esa misma hora, esa chica salía a comprar el pan a un almacén del barrio, parecido al mío, pero sin Nilce.

Caminó un par de pasos que no llegaron a ser una cuadra, estaba ahí no más, en el almacén de la esquina. Y el almacén de la esquina es como ir a jugar de una vecina, está en el radio de lo familiar, de lo conocido, es esa primera zona de independencia después del patio. Después del patio, la vereda, y después de la vereda, la casa de los vecinos, y el kiosco o el almacén de la esquina. Lugares en donde se ensaya ir solo.

Caminó un par de pasos, un voy y vengo, hasta el almacén a comprar unos pancitos. Seguro entró y la puerta hizo algún sonido, una campanita o algo parecido. Del fondo y quizás moviendo unas cortinas de plástico verde como tiene la Nilce, salió un chico y con la voz de alguien que habla por primera vez en la mañana o quizás por primera vez en la vida, le dijo un poco torpe, como con una papa en la boca: “mis papás nos están”. Lo conocía porque era del barrio, un poco alto y grandote, no salía a ningún lado, salvo a la vereda y lo veía ahí, siempre sentado mirando todo. Sin amigos, sin escuela, siempre con papi y mami.

Quizás a ella le daba pena, o le daba risa, porque los pibes así, siempre producen algo que va de la risa, a la pena y el desconcierto. Quizás la mamá le pidió que fuera buena con ese pobre chico, siempre solo en la vereda, y que se notaba que le faltaban un par de caramelos.

“Mis papás no están”, quizá le dijo eso, quizás no sabía vender pan, quizás no sabía cuánto valía o cómo anotarlos en la libreta. “Mis papás nos están”, dicen que él le avisó, y la invitó a pasar a la casa para esperarlos. Quizás sintió que era mejor que no, seguro sintió una sensación rara de miedo, asco y lástima. Quizás esa mezcla de sensaciones raras no la dejaron decir que no, quizás no quiso ser mala, y pasó.

No tuvo que esperar nada, enseguida entro en su cuerpo algo filoso, y la abrió de un lado a otro, y la sangre salió, dicen que fue mucha.

Algunos dicen que él esperó al lado de ella toda llena de rojo, con los pancitos en una mano y el cuchillo en la otra, algunos dicen que lo primero que dijo cuando llegaron fue “tardaron mucho”, otros dicen que dijo “fue sin querer”, otros dicen que la madre dijo que él no se dio cuenta.

Alguien dijo que llamaron por teléfono a alguien, que la policía llegó antes que la mamá notara que la hija no volvía del almacén, que las bicicletas se agolparon detrás de la ambulancia y la policía.

Ese día estábamos mirando la tele, algún programa bizarro de Roberto Galán, cuando sonó el teléfono. Era mi papá, que trabajaba en el pueblo del lado, en donde una chica de mi misma edad salió ese día, a la misma hora que yo

salí de la escuela, a comprar pan al almacén de la esquina, que la mataron, ahí no más, a unos pasos de su casa.

Mi mamá colgó el teléfono, congelada, solo pudo decir unas pocas palabras, algunas máximas hechas fragmentos:

“No van más solas a ningún lado”.

“No salen solas a la siesta”.

Y también dijo, ese día lo decidió: “No habría que comer más pan”.

24 de marzo de 2021.

Golondrina

Víctor Maini

 Hace unos años fue declarada ciudad mi adorado pueblito perdido en la llanura. El nombre no viene al caso, era el pueblo de mi abuela. Mis vacaciones comenzaban para las fiestas de fin de año, con el regreso programado de mi madre a sus orígenes. Aferrado a las polleras de mi nona, sabia y analfabeta, yo dilataba mi regreso hasta el inicio de las clases. En el medio de la nada, sentía que tenía todo.

En cada nueva visita debía repasar lo aprendido en la estadía anterior, la tarea consistía en nombrar, mientras olía, a cada una de las plantas de su huerta, orégano, romero, tomillo, albahaca... A la memoria hay que ayudarla con los olores, me decía mientras me vendaba los ojos con un pañuelo para jugar a una especie de gallito ciego cazador de sensaciones.

Aprendí jugando a diferenciar el canto de la calandria, tan distinto al del zorzal, escupí granos de sal esparcidos sobre la punta de mi lengua, percibí el encanto de un mate recién cebado en la tibia calabaza apoyada sobre la palma de mi mano y me dejé asaltar por una brisa con aroma a madre selvas que entraba por la ventana de la cocina.

Doña Emilia nunca supo quienes fueron Ortega y Gasset ni John Locke. Por razones obvias, tampoco leyó nada de sus escritos, pero la vida le había enseñado que la felicidad humana era una disposición de la mente tanto como de las circunstancias, que el secreto estaba en valorar primero lo que tenemos para luego ir en busca de lo que nos falta. Un té de ruda, un huevo duro, un plato de arroz con leche fueron manjares en mi niñez, servidos por su mansa bondad.

En el séptimo piso donde crecí contaba con luz eléctrica durante todo el día, heladera, televisión y un montón de comodidades que nunca eché de menos en mi humilde refugio, un lugar libre del pesado estigma de ser el único pibe del grado con padres separados y de la pegajosa sensación de haber llegado a destiempo en una familia que se caía a pedazos.

La anfitriona entendía mi pena y la curaba con palabras dulces. Allí aprendí que tanto la filosofía como la literatura habitan en las conversaciones. Sentados sobre dos petisas sillas de paja situadas a la par, sobre un patio de tierra recién regado, éramos parte del atardecer, intentábamos distinguir

por su modo de volar a las distintas especies de aves que rayaban el cielo atrapando insectos. En los crepúsculos de mi amanecer, todas mis preguntas hallaron respuestas.

—Abuela, ¿las gallinas son felices?

—Vea m' hijo, en la pila de años que tengo, nunca he visto cacarear a una pata, tampoco vi a ninguna gallina nadar en la laguna. No sé si serán felices, pero al menos están contentas con lo que son.

—Abuela, ¿las golondrinas vuelven siempre?

—Vos sos mi golondrina, al que espero cada vez que el ciruelo se carga de frutos. Las golondrinas no entienden la palabra invierno porque no lo conocen. De la misma forma, mucha gente no comprende el amor, por el mismo motivo.

—Abuela, ¿cómo fue que murió el abuelo?

—Son cosas que pasan en el campo. Lo sorprendió una tormenta, montado en su alazán, cruzando un monte. Un rayo los quemó a los dos. Las desgracias no siempre les tocan a los vecinos. Hay que hacerse fuerte a la fuerza.

—Abuela, ¿usted lo extraña, todavía?

—Cuando lo extraño mucho, lo nombro en voz alta y en el acto lo tengo al lado mío.

La usina de la cooperativa cerraba a las diez de la noche, las luciérnagas monopolizaban el alumbrado hasta que los candelabros y faroles iniciaban la proyección de una película de penumbras. Primero, la sombra de mi abuela en camisón se agrandaba sobre el ropero hasta llegar a los pies de mi cama para desearme buenos sueños, después, un olor a vela recién apagada era el preámbulo de un susurro continuo de rezos junto al canto de grillos y ranas como acompañamiento.

Nunca asocie dicho ritual con ninguna religión, siempre fue para mí poesía en estado puro, un amparo de dulzura que me alejó para siempre de las mentes frías, de los cuerpos sin almas.

La única vez que la vi llorar fue en nuestra última despedida. Mi cuerpo y mi voz habían empezado a cambiar, la secundaria era mi nuevo desafío. Ella sabía que las aves migratorias cierran el círculo naturalmente, que la finitud radica en quienes aguardamos contemplar el milagro año tras año.

Murió el día más frío del mes de julio, nunca regresé a su pago, no tenía motivos.

Cuando tuve un hogar, un tiempo antes de repetir sin querer la historia de mi padre, les advertí a los integrantes de mi familia sobre la necesidad de ser

fuertes ante cosas que suelen pasar en las grandes ciudades, a la posibilidad cierta de perder la vida por unas monedas. Las desgracias no siempre salen por televisión, lo que jamás imaginé fue tener que luchar contra un enemigo invisible que me empujó hasta el borde mismo de la muerte, me ató a un tubo de oxígeno durante treinta días, me apartó del mundo, me encerró en una burbuja atendida por héroes disfrazados de astronautas.

Privado del gusto y el olfato, acudí a mi memoria para recuperar lo perdido. Nombrando a cada una de las plantas aromáticas me refresque por dentro con sus esencias. Nunca voy a saber si estaba soñando o flotando en fiebre cuando recibí la señal, una bandada de tijeretas nublaron el cielorraso del hospital Carrasco hasta posarse en mi pie de suero con injertos de ciruelos en flor, en ese momento supe que todavía no había llegado mi hora.

Una semana después de recibir el alta, empecé el postergado regreso a mi tierra de encanto y calma. Volví como una golondrina con las alas congeladas después de haber soportado el martirio de varios inviernos. Los sitios en donde amamos la vida alguna vez nunca nos esperan, cambian con la misma velocidad con que lo hacemos nosotros. Por esta razón calculé mi arribo al lugar en horas de la noche, ingresé por el camino viejo, el mismo que conduce al cementerio, con la complicidad de la luna nueva y la eterna hilera de eucaliptos supe resguardarme del progreso. Estacioné sobre un camino lateral, antes de aparme, al apagar el motor y las luces de mi auto, sentí un extraño olor a cera de vela ardiendo. Inflé mis pulmones enfermos con aire fresco y puro, perfumado con flores silvestres. Agradecí formar parte del ejército de recuperados susurrando oraciones inventadas. Caminé despacio contra el tiempo, sentí trepar por mis piernas una invisible madreselva de alegrías que imaginé perdidas. Para reconciliarme totalmente con la vida, me faltaba su voz amada, entonces, grité su nombre en la inmensidad y en el acto se completó el paisaje.

7 de abril de 2021.

Otro río

Mónica Discépola

▲ Marta tenía 67 años y vivía esperando. No era esperar porque hubiera algo por venir, era esperar como la única acción posible. En la escuela primaria esperaba los recreos, y en los recreos sólo podía esperar que sonara la campana para entrar a clase. Ni jugar al elástico, ni a la popa, ni a la escondida, sólo sentarse en el banco de madera que estaba cerca de la escalera que bajaba al patio, esperando el sonido para volver al salón.

Esperaba con ilusión que llegaran los fines de semana, pero el sábado no podía hacer nada que no fuera esperar el domingo... Y así con la Navidad, los años nuevos, las vacaciones. Imaginaba su fiesta de 15, su vestido de plumetú, el salón con luces de colores. Ningún cumpleaños valía la pena, sólo esperaba esa noche, allá, en el futuro. Cuando cumplió los 15, ya estaba esperando enamorarse, y la noche pasó sin pena ni gloria.

El amor tardó en llegar, a los 23 tuvo su primer novio, un abogado que quería casarse pronto: “Tengo trabajo y un departamento propio, ¿para qué esperar?“, decía él.

Marta no soportaba la idea de no esperar. Trató de explicarle que, tal vez, si esperaban un poco, capaz, sin tanto apuro, esperar un poco, tener también ella un trabajo, comprar una casa, esperar que el país mejorara. Esperar un poco. Esperar. Pero él no podía entenderla, tenía urgencia. Por eso, un mes antes del casamiento, ella lo dejó.

Desde chiquita esperaba el cambio de milenio, contaba los años, los meses y los días que faltaban para el año 2000. Iba a tener 45 años entonces y seguro, ese día algo iba a pasar, como si ése fuera a ser el inicio de su verdadera vida. La noche del 31 de diciembre al 1° de enero del nuevo siglo, no durmió. Primero esperó los fuegos artificiales en el río, después miró en la televisión los festejos en otros países, mientras tanto, esperaba el amanecer.

Amaneció como cualquier otro día, sin grandes formas ni colores intensos, un amanecer común y corriente, pero para ella no fue un día cualquiera, en un lugar profundo algo se perdió para siempre, una espera de muchos años, intensa, apasionada, que se diluía en la mañana calurosa, como si de ahora en más todas las esperas fuesen más insulsas e insignificantes.

Desde entonces las esperas fueron de corto vuelo, esperar un ascenso en el

trabajo, el que cuando se producía dejaba de interesarle y la ponía a la espera de otro trabajo, y otro más... Esperaba que una película llegara a los cines, pero la miraba pensando en la función de teatro que iba a ver la semana siguiente, mientras estaría esperando el fin de semana largo para pasar unos días en el campo.

Esperó pacientemente su jubilación, las ofertas de cambio de cada temporada, que de una vez por todas llegara el frío, que por fin llegara el calor y ahora, como cuando era niña, estaba en una verdadera espera, inmensa, compartida por todos. Desde hacía más de un año, la pandemia había puesto todo en suspenso, nada para hacer, la espera perfecta.

Esperar para volver al cine, salir a comer tostados en Pellegrini, viajar a Luján. También esperaba la vacuna. Una tarde de abril llegó el mensaje con día, hora y lugar de vacunación. Sólo debía esperar tres días con sus tres noches. La mañana del turno se despertó antes de tiempo y tuvo que esperar mirando el techo hasta que sonara el despertador, una chicharra, un poco afónica, casi ridícula, que se obligaba a escuchar todas las mañanas de su vida, antes de levantarse.

Llegó una hora antes al galpón donde vacunaban, esperó su turno, sentada en una silla de plástico mirando el río. Siempre esperaba que pasara algún barco, pero no pasó. Cuando le pusieron la vacuna, salió, volvió a mirar el río y se preguntó qué más podía esperar, ¿que todo volviera a la normalidad? ¿Que la gente fuera más buena? ¿Morirse sin sufrir?

Cruzó a un bar y tomó un café. En la esquina, yendo hacia la parada, se dio cuenta de que no quería esperar el colectivo, y empezó a caminar. Qué raro, pensó. Caminó unas cuantas cuadras, sin apuro. Se sentó en un banco de la plaza que estaba enfrente de la catedral y miró a las hormigas. Pensó que seguramente las hormigas no saben del pasado y del futuro, ni de las esperas. “¿Cómo será tener en la cabeza sólo el presente?”, se preguntó.

Mientras miraba a las hormigas, a la plaza fueron llegando mujeres de distintos tipos, jóvenes, con hijos, con pelos teñidos de colores, con carteles y ropa pintada. Algunas tenían redoblantes, todas cantaban. Ella sabía de las marchas pidiendo por justicia, para que no las maten, para tener derechos. Siempre pensaba que en algún momento todo eso iba a ser posible, que solo era cuestión de esperar.

Una chica con botas y un vestido verde, le dio un volante: “Somos el grito de las que ya no tienen voz”.

—Vamos hasta el Monumento, ¿no quiere venir con nosotras?

—¿Ahora? —preguntó Marta, mientras un leve temblor le recorría el cuerpo.

—Sí. Ahora. Hay cosas que no pueden esperar.

Marta se levantó y se sacudió la pollera, como un acto de determinación. Tenía razón la chica del vestido verde, hay cosas que no pueden esperar, pensó, mientras intentaba recorrer su historia en cámara rápida, repasando caras, gestos, acciones, algo que le ayudara a entender por qué siempre vivió esperando. No iba a esperar hasta encontrar el motivo, otra vez no.

—Si querés, te ayudo con los volantes —le dijo.

Caminaron hasta el Monumento, vio que eran muchas, cada vez más. Volvió a mirar el río, pero esta vez, no quiso esperar que pasara un barco que la llevara lejos. Giró, y se metió en ese otro río, un torrente de mujeres que le enseñaban que el momento es aquí y ahora, que ya no hay prórroga posible.

18 de abril de 2021.

El fogón de las historias

Ciro Korol

El 11 de marzo de 2011 al atardecer se está abriendo la puerta del taller de Juan Forn en el barrio del Once. Es la primera vez que voy. Un par de horas después, mi vida había cambiado para siempre.

Esa noche nos fuimos caminando juntos unas cuadras. Me dijo que tenga cuidado de no meterme en la picadora de carne.

Al año siguiente lo visité en Gesell, pasé por su casa y fuimos a almorzar con él y su hija a un bar que había sobre la playa. Compartimos una hamburguesa. Era la Semana Santa del 2012. El año anterior no me había perdido ningún encuentro del taller. Pero a principios de marzo lo había interrumpido por motivos que no vienen al caso. Él me dijo que si posta quería seguir otro año más, me daba la posibilidad de hacerlo.

Le dije que sí y comencé una novela. El único requisito para encarar un texto largo era leer una carilla de presentación para los compañeros. Unos días después de hacerlo, recibí un mail suyo en el que me pedía que le enviara ese prólogo por mail. Juan citó ese prefacio al final de una de sus contratapas, diciendo que confiaba en el futuro cuando leía que los de veinte escribíamos así. Le agradecí enseguida. Juan respondió:

“Cirito, amigo, es nada más que lo mismo que pasó en el taller cuando leíste. Vos andá tranquilo y confiá en tu propia voz, que sabe. Ahora te toca contarle vos a la abuela. Así son los ciclos de la vida”.

Hoy, cuando vuelvo a leer esa frase lloro y le pego una piña a la pared. Me acuerdo de mi viejo que murió hace poco más de un año y una de las últimas frases que me dijo fue: “Las vueltas de la vida, así son, las vueltas de la vida”, y creo que ahora toca narrarles a ellos. Creo que los muertos respiran historias. Así que respiro, preparo un fuego y cuento esta historia:

Estamos en un lugar oscuro como el espacio entre las estrellas, una aldea a la luz de las velas, o una inmensa pileta nocturna. Hay dos hombres que pasean y uno le dice al otro:

—No se preocupe Mr. Forn, acá lo estábamos esperando sus amigos, lo acompa-

ñaré a visitarlos de a uno en uno, o si usted prefiere hacemos una fiesta todos juntos en la primera playa que toquemos. Pensamos que es mejor lo primero, así puede charlar largo y tendido con quienes le quieren dar la bienvenida. Si bien cada cual está en su planeta o islote, nos mantenemos en contacto por el aire. Fue de este modo en que se acordó para mi suerte que sea yo quien lo secunde en este viaje –le dice Brodsky a Forn y lo agarra del hombro mientras un aire gélido los alcanza y los arremolina.

–¿Lo sintió? Eso fue una ráfaga de Ajmátova, Mr. Forn, ella dice que lo aguarda para brindar, con Ossip Mandelshtam, y Maiakovsky. Fíjese bien ahora, respire hondo, está llegando un soplado de Fiódor. –le avisa Joseph Brodsky a Juan Forn durante sus primeras inmersiones nocturnas. Ambos inspiran todo lo que quieren.

Cuando concluye ese párrafo de viento siberiano, Juan dice:

–Querido Joseph, antes de seguir, dos cosas, una que entre amigos no nos tratemos de usted.

–Concedido.

–La segunda es: ¿vamos a lo de Dostoievsky?

–Estamos yendo, amigo, de camino vamos a pasar por lo de Grossman, Roth y Babel (son muchos los judíos que te prepararon su Kaddish literario). Por otra parte, Ricardo Piglia pidió verte antes, quiere conversar con vos sobre sus cuentos y los tuyos, esos que con habilidad disfrazaste de contratapas.

Aquella luz a lo lejos es la lámpara de Franz Kafka, casi nunca se apaga, pero hoy, observe cómo brilla junto a la luz de Janouch, seguro prepararon un samovar vaporoso para burlarse entre dientes de la falta de criterio, o de mesura, que tuvo el bueno de Brod como editor.

Me tapo la nariz, Juan, porque presiento el rebufido de Albert Speer, según me contaron solicitó visita tuya. Son pocos los que acuden a ese planeta de hormigón, pero el arquitecto quiere ver a quién no lo juzgó como nazi sino como escritor. Bien por vos, querido Juan, yo no he podido.

–Te obnubila el juicio todavía, Joseph; hablando de no juzgar, ¿Boris Pilniak anda por la vuelta?

–Por supuesto, sé que estuvo meditando largo rato sobre el mejor modo de hacer un relato para vos cuando se encuentren. A todos nos parece conocerte, y por eso yo lo entiendo a Boris, es difícil cuando uno conoce a un amigo imaginario, Juan.

Los dos escritores pasean acercándose a lo que parece ser una galaxia, o más bien una isla animada por altas llamaradas. El vaivén del fuego pinta sus rostros, brilla la mirada de Juan Forn, y el rumor de las llamas hace que Joseph Brodsky

grite el resto de lo que demoran en acercarse a esa fogata, como un combatiente arribando a una batalla.

—Antes de que lleguemos te termino de contar lo de Pilniak, parece que preparó las mochilas para que salten en paracaídas vos, Kawabata, y Andrei Platónov, dice que no te sorprendas si ves también una brigada de paracaidistas japonesas, o tal vez sea una sola y moscovita —ya se dilucidan junto al fogón unas cuantas personas reunidas y Brodsky sigue pregonando entusiasmado—. El joven Berger calibró su motocicleta para salir de viaje con vos que supiste hacer que los laberintos parezcan una carretera, Juan, y no te olvidaste del dolor del mundo. ¡Respirá profundo amigo! Esto que te envuelve ahora es un suspiro de Mariusha dedicado para vos.

Cuando Juan abre los ojos, endulzado, su amigo le guiña un ojo y le dice: no a cualquiera le suelta Wyslawa Szymborska su humareda.

Y dicho esto tocan tierra. No es la polaca poeta a quien visitan primero.

—Bienvenido a la primera posta, inevitable para quienes mantienen prendido el fogón de las historias con las ascuas que avivaron los de antes. Estamos en la playa donde te esperan las primeras narradoras de esta tierra.

Se puede continuar este viaje leyendo los relatos que Juan escribió sobre sus amigos imaginarios.

Cuando Juan Forn estaba vivo encontré muchas veces la manera de agradecerle, por mail, en persona o de manera telepática. Ahora quedará contar historias.

El 9 de febrero pasado le escribí para compartirle una nota sobre él que publicó la revista *Belbo*.

“Hola Juan, dicen que acá en Rosario esperan los camiones de **Página 12** en el peaje cada viernes porque vienen tus contratapas.”

Me respondió con mucha alegría.

Me parece oírlo ahora, ya está clareando en las arenas de las primeras narradoras, fue larga la fiesta de la noche y ahora hay una ronda de cuerpos dormidos, o que se desperezan muy despacio como lagartos. Franco Battiato se abraza a su guitarra de ensueño porque ha encontrado el alba dentro de un ocaso. Lucía Berlín se acurruca en su paraíso. Joseph Brodsky es un lobo marino que ronca. Juan está despierto. Le ha musitado los buenos días un guardián entre el centeno que está a su lado.

Ellos dos son los únicos mirando el horizonte. Oigamos a J.D. Salinger y Juan Forn masticar de a bocanadas un poema de John Donne: “*¿Quién puede desoír esa campana cuya música lo traslada fuera de este mundo? / Ningún hombre es una isla...*”

1° de julio de 2021.

ÍNDICE

Prólogo de Pablo Feldman y Horacio Vargas	1
La criatura, Patricia Suárez	3
El viaje, Reynaldo Sietecase	7
El día del arquero, María Zulema Amadei	10
Los montajes imposibles, Gary Vila Ortiz	12
Relato del artista adolescente, Rafael Bielsa	15
La isla de las Lágrimas, Miguel Roig	19
Mitocondrias, Beatriz Suárez	22
Pa' que bailen las muchachas, Irene Ocampo	24
El día que me quieras, Miriam Cairo	27
El oficio solitario de la imaginación, Marcia Brédice	29
Maternidad intratable III, Luisina Bourband	31
Buenos tiempos, Marcelo Britos	35
Toda una vida, Dahiana Belfiori	38
Amor, Pablo Bilsky	40
Insultar al fantasma, Hernando Quagliardi	43
La camisa celeste, Jorge Isaías	46
Todas las hojarascas del mundo, Nadia Isasa	49
El Piqui y la soledad, Perla Hardoy	51
De compras, Ingrid Proietto y Eugenio Previgliano	55
La china y Spinetta 573, Marcelo Scalona	58
El amor de los otros, Javier Núñez	62
El amor detrás del nombre, Rosana Guardalá	65
El macartista bueno, Javier Chiabrando	67
Un bandoneón para las pestes, Adrián Abonizio	70
El asado del vestido, Romina Tamburello	73
La calle, Beatriz Vignoli	77
El improprio, Víctor Zenobi	80
Gluten free, Natalia Milocco	84
Golondrina, Víctor Maini	87
Otro río, Mónica Discépola	90
El fogón de las historias, Ciro Korol	93

Impreso en el mes de setiembre de 2021
en Talleres Gráficos Fervil SRL
Santa Fe 3316
Rosario, Santa Fe, Argentina

La Universidad Pública
saluda a **Rosario12**
por sus 31 años de
prensa libre, plural y
comprometida con
una sociedad más justa

The logo of the Universidad Nacional de Rosario (UNR) is a magenta square with the letters "UNR" in white, bold, sans-serif font.

UNR